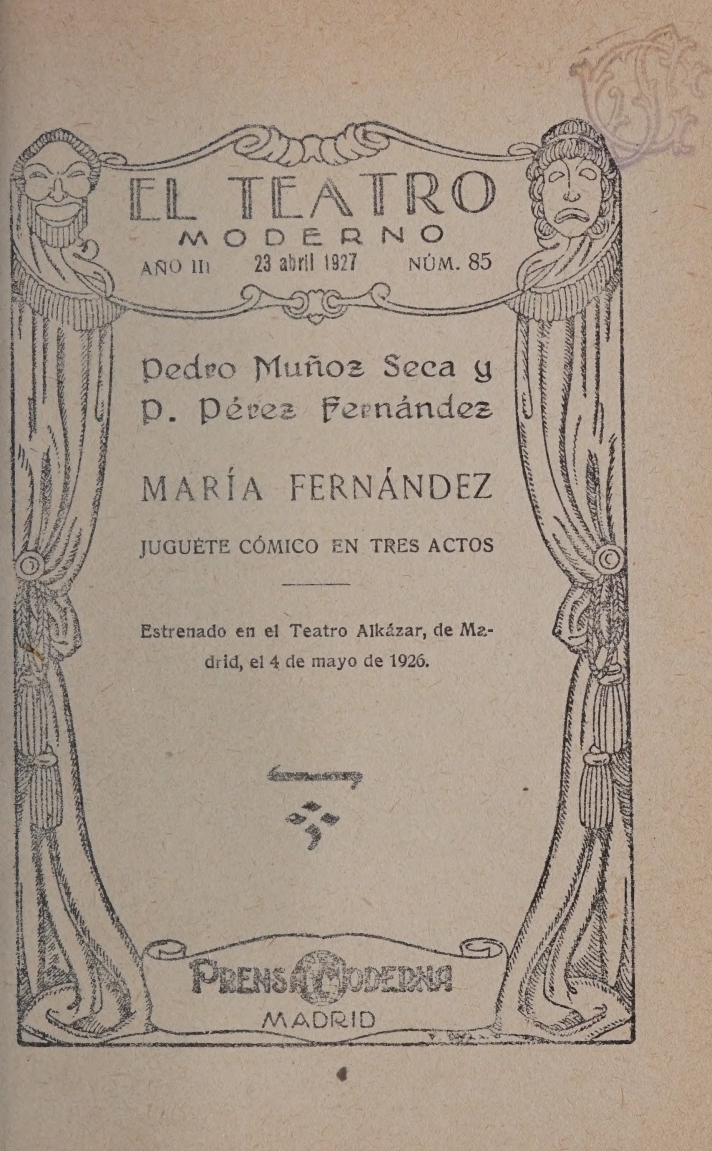
EL TEATRO
MODERNO

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

MARIA FERNANDEZ





EL TEATRO MODERNO

AÑO III 23 abril 1927 NÚM. 85

Pedro Muñoz Seca y
P. Pérez Fernández

MARÍA FERNÁNDEZ

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro Alkázar, de Madrid, el 4 de mayo de 1926.

PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María...	*Sra. Alba.*
Inés...	*" Sanz.*
Brígida...	*" Manso.*
Martina...	*Srta. Caba (P.)*
Nicasia...	*" Pujó (B.)*
Luis...	*Sr. Bonafé.*
Juan...	*" Perales.*
Gonzalo...	*" García León.*
Paco...	*" Hidalgo.*
Don Diego...	*" Caba.*
Bustamante...	*" Gutiérrez.*



ACTO PRIMERO

Habitación de paso en casa de Gonzalo Gran. Una puerta, la de entrada, en el primer término de la derecha (actor), y otra puerta a la izquierda. En el fondo, medio punto que conduce a un pasillo que se pierde en ambos laterales. Al foro, otra habitación, el comedor de la casa, con puerta a la derecha. Muebles sencillos y con la pátina de los años. En Madrid, en primavera, a las diez de la mañana y en nuestros días.

(Al levantarse el telón están en escena Brígida criada de la casa, mujer de cuarenta y cinco años, de buen ver, limpia y escamondada, y Nicasia y Martina, chicas de catorce y trece años, respectivamente, vestidas como para ir al colegio. Brígida alisa el pelo y acaba de arreglar a Nicasia; Martina en el comedor, sin quitar la vista de un libro, está desayunando y a un mismo tiempo, se atraca y estudia.)

BRIGI. Espera, voy a hacerte bien el lazo. ¿Te sabes la lección?

NICA. Yo sí; la que no se la sabe nunca es Martina.

BRIGI. Es tan cortita la pobre...

NICA. Hace dos meses que está estudiando los cabos de España y no los sabe todavía. ¿Quiere usted verlo? *(Llamando.)* ¡Martina!

MARTI. *(Con la boca llena.)* Ya voy, hija, por Dios, ya voy...

BRIGI. ¿Qué dices?

MARTI. *(Un poco más claro.)* Que ya estoy acabando.

BRIGI. Criatura, que llevas media hora comiendo...

NICA. Mientras quede un suizo.

MARTI. *(Limpiándose la boca.)* ¡Ya voy, rediez! *(Se acerca con medio bollo en la mano y el libro bajo el brazo.)*

BRIGI. Qué, ¿te sabes ya los cabos?

MARTI. Pero que al cabo de la calle, señora Brígida.

NICA. Sí, sí... ¿A que no me los dices?

MARTI. Anda ésta; pero que de corrido na más.

NICA. Vamos a verlo; venga d'ahí.

MARTI. Pues principiando por León...

NICA. *(Con chunga.)* ¡Ja, jay... por León!

MARTI. Claro que por León; no por León el que es un pueblo, sino por ese otro que es golfo. ¡Nos ha fastidiao!...

BRIGI. *(A Nicasia.)* No la interrumpas, mujer. *(A Martina.)* Sigue.

MARTI. Pues empezando por ahí... creo que Creus... eso es... Creus; de Creus a Palos...; de Palos a Cabo Verde...

NICA. Eso fué el "Plus Ultra".

MARTI. Es verdad; me hago un lío. De Palos a Gata... *(Recordando y repitiendo nerviosamente.)* Palos a Gata..., Palos a Gata, Tras Gata..., Trasfalgar..., Tras... falgar, Tras... Trasfalgar..., tras tras, tras tras...

GONZA. *(Por el pasillo izquierda.)* ¿Qué haces, hija mía? *(Este Gonzalo es un hombre como de unos cincuenta años, de aspecto bondadoso y afable. Viste modestamente.)*

NICA. Nada, que me estaba diciendo los cabos de España, pero no da una...

MARTI. Pues hija, me los sabía de cabo a rabo. Lo que me pasa es que se me borran. Ahora, que hoy en el colegio los digo yo sin equivocarme, porque ayer, cuando me dejaron castigada, me subí en una silla, descolgué el mapa grande y a cada cabo le he puesto dos rayitas coloradas.

GONZA. Los galones.

MARTI. Sí, señor. ¡Y que se ven poco bien! Paquita, la del quince, que se fijó, me dijo: "Cómo lucen los cabos, Martina; parecen de cuota."

GONZA. Te van a dar pocas esta tarde, hija mía.

MARTI. ¿A mí? ¡Sí, sí!

BRIGI. Bueno, andad, que es tardísimo.

MARTI. Sí, señora. *(Besando a Gonzalo.)* Hasta luego, papá. *(Se mete medio bollo en la boca.)*

NICA. *(Besando también a Gonzalo.)* Hasta después, papaíto.

GONZA. Id con Dios.

MARTI. *(A Brígida, con la boca llena.)* Oiga: a ver si la cocinera hace esta tarde esas empanadillas que tanto me gustan.

NICA. *(Empujándola.)* ¡Anda! ¡Siempre pensando en lo mismo! ¡No sé cómo te gusta comer tanto! *(Mutis.)*

MARTI. *(Detrás.)* Anda, diez. Pa ver si crezco. *(Mutis.)*

GONZA. Desde que está usted con nosotros, da gusto verlas. Tan limpitas... Es usted nuestro ángel bueno, Brígida. Nunca agradeceré bastante a mi amigo don Diego la recomendación que me hizo de usted.

BRIGI. Usted exagera, don Gonzalo.

GONZA. No, no. Desde que vino usted a esta casa como..., no diré como criada, que es muy poco, ni administradora, que es mucho... Como ama de llaves. ¡También es mucho! Como ama de... llavines.

BRIGI. ¡Qué ocurrencia!

GONZA. Desde ese día hay en esta casa orden y buena administración. Como que si los huéspedes me pagaran hasta ahorraríamos dinero.

BRIGI. ¿Pero no pagan?

GONZA. Don Luis, sí. Como es hombre rico... Pero don Juan y doña Inesita...

BRIGI. Yo creía que doña Inesita ganaba como manicura lo suficiente...

GONZA. En invierno sí, pero en verano se le va la clientela por ahí, y me debe ya dos canículas completas. Claro que esto no es nada al lado de lo que me debe don Juanito. ¡Pasan de las cuatro mil!

BRIGI. ¿Pesetas? ¡Jesús!

GONZA. Pero ése me pagará. Tengo fe en él.

BRIGI. ¿De qué vive?

GONZA. Hasta ahora de nada. ¡Pero qué imaginación la suya! ¡Qué planes! ¡Qué proyectos! ¡Qué

negocios imagina! El día que le cuaje uno, se hace millonario. ¡Qué simpático es! El dice que vive de la mareántica.

BRIGI. ¿Eh?

GONZA. De marear a la gente proponiéndole asuntos. Y algunos caen, sí, señora. Sobre todo los anunciantes. ¡Qué anuncios más atrayentes inventa! ¿Se enteró usted de aquel toro negro que se lidió en una corrida de Beneficencia con un letrero blanco en el lomo que decía: "Bebed el Rioja con agua de la Toja"? Idea suya.

BRIGI. ¡Jesús!

GONZA. ¡Pero si éste fué el que le dió el cambiazo al estandarte de aquella procesión en el mismo momento de salir a la calle!

BRIGI. ¿Sin que lo notaran?

GONZA. Sin que lo notaran, que en eso estuvo el mérito. Había que ver al sacristán tan serio a la cabeza de la procesión con su estandarte y la gente leyendo en vez de "Reinarás en España", "Si tienes en el pecho cualquier cosa, te curarás de fijo en Panticosa".

BRIGI. ¡Qué atrocidad!

GONZA. Es único en el Globo. ¡Qué salero tiene!

BRIGI. Pues lo encuentro yo ahora así como alicaído...

GONZA. Cosas del corazón. *(En secreto.)* Que se ha enamorado de la manicura como un loco, y la manicura no le hace caso, porque anda a ver si pesca a don Luis, que como es rico..., ¿eh?, ¡qué mundo!

BRIGI. Lo eterno. Y claro, estará el pobre...

GONZA. Figúrese usted: habla solo, grita cuando se duerme y se distrae de una manera que ayer migó en el café el queso de bola. Menos mal que a don Luis le tiene sin cuidado la manicurita porque él dice que ha venido a Madrid a explotar el físico que le queda y a casarse con una mujer rica. ¡Lo eterno también! *(Se oye a Inés cantar dentro una cancioncilla po-*

pular.) Ya se está levantando la susodicha. Es alegre como una pájara, dicho sea sin segunda.

BRIGI. Le prepararé el desayuno. *(Entra al comedor y vase por la derecha.)*

GONZA. *(Viendo venir a Juan.)* Ya viene éste al reclamo.

JUAN. *(Entrando por el pasillo de la izquierda.)* Buenos días, don Gonzalo.

GONZA. Buenos días, don Juan. *(Como en éxtasis, escuchando a Inés y acercándose a la puerta de la izquierda.)* Es el despertar de una alondra.

JUAN. *(Este Juan es un hombre como de cuarenta años, simpático, nervioso, exageradísimo, casi visionario. Viene en plan de irse a la calle y trae una gran cartera de piel bajo el brazo. Al terminar Inés su canción.)* ¡Bendita sea su madre, qué mujer! ¡Es la primera mujer del mundo! ¡Me tiene negro! *(Tirando el sombrero sobre una silla. Con resolución.)* ¡Pues de hoy no pasa!

GONZA. ¿Qué es eso, don Juan?

JUAN. Ay, amigo don Gonzalo: el día que me cuaje alguno de estos negocios, que va a ser hoy, y el día que yo me vea con millones, que va a ser hoy...

GONZA. ¿Qué? ¿Cómo van esos negocios?

JUAN. Mejor que nunca. Estoy pletórico de ideas. En la primavera siempre me pasa lo mismo. A unos les salen forúnculos y a mí me salen ideas. Siete asuntos y una chapuza he planeado esta noche. Aquí los llevo. ¡Ah! ¡Y dos anuncios que me van a valer un dineral! Para los anuncios necesito un poeta y un músico. Bueno, el poeta me lo ahorro, porque ya he hablado con don Luis, que es un vate... ¿He dicho vate? ¡Un vatón!...

GONZA. ¿Don Luis? No sabía...

JUAN. Sí, hombre. Si en Cuenca, que es su pueblo, no hacía otra cosa. Durante nueve años ha

dirigido allí una Revista que se titula "Cuenca existe". ¡Calcule!

GONZA. ¿Pero qué anuncios son ésos?

JUAN. Un nuevo callicida que se llama "A los pies de usted" y un estupendo automóvil americano: el "Nash", y se me ha ocurrido lanzar un par de cuplés para cada anuncio, que cantados en Romea, ¿eh? Ya me ha hecho don Luis una letra para uno. Buscaré a un musiquillo y dentro de dos meses no hay en España más que "A los pies de usted" y "Nash". En cuanto oigan... *(Canturreando.)*

Nash-ario,
Nash-ario.
Dice que el Nash
es Nash-cesario...

Sí; porque yo cobro cinco duros de plus cada vez que suena el nombrecito en el cuplé. Por eso le he dicho a don Luis que me haga otro hablando de Nash-vacerrada, de Nash-valmoral, de Nash-valcarnero, de Nash-valperal y del general Nash-váez. ¡Vista! Y doble intención, porque en cuanto cobre, meto a don Luis en un negocio de los míos para que convierta sus veinte mil duros en veinte millones y se vaya de Madrid. Que se vaya, don Gonzalo, porque esa mujer anda a ver si lo pesca y yo la quiero para mí y será mía. Ya lo creo. ¡Ay, don Gonzalo: es la primera mujer del mundo!

GONZA. ¡Eva! *(Ríe.)*

JUAN. ¿Eh?

GONZA. *(Mirando hacia el foro.)* Cuidado, don Luis...

LUIS. *(Saliendo. De cuarenta años, despejado, simpático, elegante.)* Caballeros y amigos... Hombre, va usted a perdonarme, amigo don Juan, pero no pude acabar anoche esos cupletillos. Volví a casa tardísimo y con un sueño de magistrado. Nada, que me fuí al estreno de la Zarzuela y figúrese: tres actos larguísimos,

época "Doña Francisquita", como siempre, veintinueve números de música y se repitieron los veintinueve. Uno de ellos, ocho veces; una canción que primero la cantaba la tiple, luego el barítono, después dos frailes, más tarde unos chisperos, luego el coro y por último servía de intermedio y la cantaban los acomodadores. Pero, no obstante, hoy quedarán hechos los cuplés. Fíjese en el estribillo de uno de ellos:

Tomás, haz lo de Blas:
cómprate un Nash
y ya verás...
Tomás, si eres capaz,
me lo dirás;
que, como el Nash,
¡Nash, Nash, Nash!...

JUAN. *(Abrazándole.)* ¡Don Luis de mi alma! A usted le hago yo rico. Yo soy el hombre más agradecido del mundo, y a usted le meto yo en un negocio de los míos, para que se redondee.

LUIS. Si se trata de cosas prácticas... Porque, caramba, usted a lo mejor se monta en el carro de la fantasía...

JUAN. ¿A qué llama usted fantasía?...

LUIS. Hombre, el negocio que me propuso usted de la siembra de melones en el Sahara... ¡caray!

JUAN. *(Serio.)* ¡Melones de secano, don Luis! ¡Los mejores melones del mundo! Lo que pasa es que yo imagino los negocios con amplitud, y en España el capital es cobarde. ¡Ay, si yo hubiera nacido en los Estados Unidos!

LUIS. A mí métame usted en un negocillo en el que se arriesgue poco y se gane mucho.

JUAN. ¡Pues ya está! ¡La chapuza!

LUIS. ¿Qué?

JUAN. La chapuza que planeé anoche. Usted es mi hombre. No se necesita más que mil pesetas,

que en treinta y seis días producirán... *(Sacando de la cartera un papel lleno de números, y leyendo.)* ¡Un millón doscientas noventa y seis mil pesetas con dos céntimos!

GONZA. ¡Don Juan!

JUAN. ¡El mejor negocio del mundo!

LUIS. *(Nervioso.)* Caramba, don Juanito, que yo tengo en usted una fe ciega. ¿Le han salido bien los cálculos? ¿Qué es ello? Traiga usted, hombre, que nada más que de pensarlo he roto a sudar.

JUAN. *(Dándole el papel.)* Empápese, empápese el amigo.

GONZA. ¿A ver? No veo...

LUIS. *(Nervioso.)* Ni yo. Me baila todo. ¿Eso es un ocho?

GONZA. Un ocho.

LUIS. ¿Y este cinco, por qué está boca abajo?

GONZA. Porque está usted leyendo al revés.

LUIS. ¿Pues cómo el ocho está derecho?

GONZA. Porque el ocho da lo mismo.

LUIS. *(Volviendo el papel con gran nerviosidad.)* Es verdad. Caramba, otra vez el ocho derecho... *(Torna a volver el papel.)* El cinco al revés...

GONZA. Está usted muy nervioso. Mejor será que don Juan...

LUIS. Sí, tome. ¡Explíquemelo, por Dios!

JUAN. Verá usted: se parte de una locura. ¡Bah! De una locura partió Colón. Sí; porque, vamos, dedicarse a la compra de los viejos y arrinconados coches de punto es una locura.

LUIS. Peor. Una idiotez. Con los taxis no hay quien tome un simón.

JUAN. Pues por eso. El que tiene un simón lo larga por mil pesetas, con caballo y todo. Y he aquí al detalle lo que deja un coche de los abiertos, que ésos no tienen desperdicio. *(Leyendo.)* Aprovechamiento de la capota para hacer zapatillas flexibles: salen ochenta y dos pares, a diez pesetas, ochocientas veinte. ¿Eh?

LUIS. Pero...

JUAN. Forro de la capota, para guantes de sereno, treinta y dos pares, a dos, sesenta y cuatro.

GONZA. ¡Atiza!

JUAN. *(Sin dejarle hablar.)* Maderas: diez mesillas de noche por coche, a veinte, doscientas.

GONZA. Bueno, pero...

JUAN. *(Como antes.)* Llantas de goma: cien conteras de bastón para cojos y mil anillas para los paraguas...

LUIS. ¡¡Genial!!

JUAN. *(Dándole el papel.)* Y sigue, sigue el detalle, vea y sume. Ganancia líquida por cada mil, seis mil tres céntimos. Se desprecian los céntimos. Con las seis se compran seis coches; seis por seis, treinta y seis. Multiplique usted treinta y seis mil pesetas por treinta y seis días, y a ver. ¡Un millón doscientas noventa y seis mil beatas! *(Recuperando el papel.)* ¡Y no hay más que hablar! ¡A otra cosa! ¡Criterio cerrado!

LUIS. *(Arrebatándole el papel.)* ¡Traiga usted, hombre! *(Nerviosamente.)* Dice usted que treinta y seis por seis son treinta y seis... Digo, no... De manera que yo tomo un coche y... Permítame usted, amigo Simón, dijo Juan. ¿No estarán mal los cálculos? ¿Quiere usted que yo...?

INES. *(Por la puerta izquierda. Guapísima, madrileñísima, de unos treinta años y con un estuche de manicura en la mano.)* Buenos días.

JUAN. *(Encandilado.)* ¡Qué bruta!

GONZA. Buenos días, doña Inesita.

LUIS. Buenos días. *(Se dispone a marcharse por el foro.)*

INES. *(A Luis.)* ¿Se va usted porque yo salgo?

LUIS. ¡Por Dios, Inesita! Es que voy al comedor a hacer unas sumas... *(Entra en el comedor y se sienta ante la mesa a sumar afanosamente.)*

GONZA. *(A Inés.)* Diré a Brígida que está usted aquí...

INES. Una taza de café nada más. Aguardaré en el comedor...

GONZA. Perfectamente. *(Mutis por la derecha del pasillo.)*

JUAN. *(Cortándole el paso a Inés.)* No me distraiga ahora a ese hombre, por lo que más quiera en el mundo.

INES. Vaya, déjeme usted andar, so pelmazo.

LUIS. *(Amagando, sin darle, dos o tres cariñosos cachetes y tres o cuatro azotazos donde tenga a bien.)* ¿Cómo la voy a dejar andar si...? Olé ahí y viva usted y bendita sea la...

INES. Las manitas quietas, pollo.

JUAN. Usted perdone, pero las manitas son mías y el aire es mío. Mientras no coja más que aire.. *(Vuelve a amagar.)* ¡Aire y más aire! ¡Madre mía de mis ojos!...

INES. Déjeme usted en paz, que tengo hoy muchas manos que hacer.

JUAN. Empezando por las mías, tormento. En ésta tengo un padrastro y en ésta un duro. ¿Quiere hacer el favor de ganárselo?

INES. Eso es otra cosa. ¿A qué está una? Siéntese usted. ¿Va a ser en seco? *(Abre el estuche.)* Vengan esas manos.

JUAN. *(Sentándose y amagándola como antes.)* Ahí van estas manos, que se van solas sin rumbo y sin...

INES. *(Manoteándole.)* ¡Que se esté usted quieto!

LUIS. ¡Que el aire es mío!

INES. ¡Y dale plomo! *(Le coge las manos.)* Quietecito ahora. En serio.

JUAN. Pues en serio. Inés de mi alma... ¿Cuándo va usted a quererme?

INES. ¿Yo? ¡Nunca! ¿Estoy yo loca? ¿Para qué le voy a querer a usted? ¿Para morirme de hambre? A mí el que me conviene es ese hombre. Y él parece que no se entera. Usted, si es bueno conmigo, podría ayudarme a meterlo en el saco.

JUAN. Inés, pero ¿y yo?

INES. ¿Usted? ¿Pero qué puede usted ofrecerme? ¿Ilusiones? ¿Proyectos? ¿Planes de negocios?

Todo eso es aire. *(Sinceramente.)* ¡Pobre don Juanito! No tiene usted más que eso, aire. Un gorrión diría lo mismo. *(Por el trabajo.)* ¿Molesto?

JUAN. Más que las uñas, me está usted recortando las alas del corazón. *(Brígida y Gonzalo entran en el comedor y ponen el desayuno de Inés.)*

INES. Déjese usted de novelas, hijo. Hay que ser prácticos.

JUAN. ¿Prácticos? El día que yo sea rico, y va a ser esta tarde, se casa usted conmigo por las buenas o por las malas.

GONZA. *(Invitando a Inés a que pase al comedor.)* Doña Inesita...

INES. En cuanto pula a don Juan.

JUAN. *(Levantándose.)* Por pulido.

INES. ¿Qué?

JUAN. ¡Que por pulido! ¡Maldita sea! ¡Veremos quién se lleva el gato al agua!

LUIS. *(Acercándose a él contentísimo.)* ¡Esto es lo más grande que ha planeado usted en su vida! Hoy mismo compro el primer simón. *(Sentándose a la mesa de Inés.)* ¡Inesita, que me veo millonario!

INES. ¿Ah, sí? Brígida, tráigame aquí el café. *(Brígida obedece.)*

JUAN. ¡Que no me coja un camión cargado de lingotes!...

INES. *(A Luis, por Juan.)* ¿Pero está usted viendo? ¡Nada, que se ha empeñado en que he de quererlo a la fuerza. Pero, señor, si no es usted mi tipo. *(Mirando a Luis muy chula.)* ¿Qué culpa tiene una de que le gusten a una los tipos esparragueños? ¿Verdad? Vamos, hombre, con la figura que tiene usted y con el talento que tiene usted, busque usted una señora guapa y con dinero...

JUAN. *(Irónico.)* Si sabe usted de alguna princesa... vamos, para ir a tiro hecho...

INES. De una princesa, no; pero aunque ustedes

crean que lo que voy a contarles es un cuento de las mil, es una historia veridiquísima. Como una trabajando por ahí se entera de tantísimas cosas... En casa de los marqueses de Fuenguirola me he enterado yo de esto.

GONZA. Hombre, a ver.

INES. Pues que anda por ahí una doña María Fernández, podrida de dinero y pa mí que algo chalá, que de joven se paso la vida dándole calabazas a todo el que se la declaraba, porque creía ella que iban por sus millones, y ahora, al verse sola en el mundo, porque se le ha muerto el único sobrino y heredero que tenía... Bueno, se lo cuento a ustedes como me lo han contado a mí.

JUAN. Siga usted, que me tiene interesadísimo.

INES. Pues ahora que está sola y viejorrilla quiere encontrar un hombre bueno que cargue con ella y con sus millones; pero como sigue con la misma chaladura de sospechar que quien la quiera, ahora más que antes, la querrá por los cochinos duros, pues se le ha ocurrido la novelería de ir a no sé qué agencia de colocaciones ofreciéndose para servir en alguna casa humilde, a ver si así, de incógnito, topa con un hombre bueno y leal a quien darle la sorpresa de ofrecerle sus millones y su mano. ¡Locatis perdía! ¡Ande usted con ella!

JUAN. *(Como alucinado.)* ¿Millones? ¿Un hombre bueno? ¿María Fernández? ¿Dónde está esa agencia? Porque acaba usted de darme la solución. Digo, con cuarenta millones...

INES. Que yo no he dicho cuarenta millones... No empiece usted a ver visiones y a exagerar.

JUAN. Cuarenta o treinta, da lo mismo. Porque treinta, ¡vaya si los tiene! Todas esas solteronas ricas y raras tienen treinta millones. ¡Si lo sabré yo! *(Visionario.)* ¡Claro! ¡Nada! ¡Ya está! *(Levantándose, presa de un raro frenesí. A Luis.)* ¡Usted se casa con ella!

LUIS. *(Que si es mudo revienta.)* Sí.

INES. ¿Eh?

JUAN. ¡Que se casa con ella! Yo me encargo de ello. ¡Y el diez por ciento de la fortuna, para mí!

LUIS. ¡Firmado!

GONZA. ¡Señores, qué locura!

JUAN. Sí, hombre; si estoy perdiendo el tiempo presentando asuntos a los capitalistas. ¡Valientes capitalistas! Por supuesto, cuando llaman así a los que se tiran a la plaza, por algo será. Capitalista su mujer de usted. Porque será su mujer de usted. ¡Lo es ya! ¡¡Ya!! ¿Qué pasa? ¡¡Ya está!! ¡¡Hecho!! ¡Sesenta millones! ¡Seis para mí! Y cuando los tenga en mi mano, que los tengo ya, yo, fuera de España: a Norte América, el país de las iniciativas, de los "tros", de las especulaciones... Patente, cuatro millones trescientas veinte mil doscientas once duplicado, N. I. V. V. S. A, carbón, minas, trenes, fábricas, chimeneas, California, Los Angeles, la Biblia... Llevo allí mis proyectos y me hincho. Venga, el taxi, las maletas, ¿cuándo sale el tren? *(Se dispone a marchar y se ve sujeto por Gonzalo.)*

GONZA. ¡Qué torbellino!

JUAN. *(Quitándose el sombrero y limpiándose el sudor como el que viene cansado de un largo viaje.)* ¡Y ya he vuelto a Madrid! ¡Aquí estoy! Vengo en mi "yot" ¡Claro que en mi "yot"! A ver: Hotel Ritz: todo el piso primero para mí y mis mecanógrafas. ¿Quién? ¿Urquijo? ¿Cubas? ¿Microbios? ¡Pronto! Que me suban el "jazz-band" al cuarto de baño.

BRIGI. *(Riendo.)* ¡Está loco!

LUIS. ¡Es genial!

JUAN. *(A Inés.)* ¡Lo que me va usted a querer cuando vea que al entrar en el Banco de España se inclina delante de mí hasta la verja! Ea. ¡Resolución! ¡Rapidez! ¡Energía! ¡El libro del teléfono! A ver: agencia de colocaciones. *(A Luis.)* Busque usted también el anuario.

LUIS. Sí, señor. *(Lo hace al mismo tiempo que Juan hojea el del teléfono.)*

GONZA. *(A Juan, asombrado.)* ¿Pero es en serio, don Juan.

JUAN. ¿Cómo si es en serio? ¡Que son seis millones para mí, don Gonzalo!

INES. *(A Luis.)* ¿Y usted va a presentarse?...

LUIS. *(Hojeando febrilmente el anuario.)* Son sesenta millones, Inesita.

JUAN. *(Lo mismo con el libro del teléfono.)* Sesenta o setenta y una mujer frescota y guapa, porque con tantos millones... ¡Una diosa! ¡Ya! *(Cierra el libro y oprime el botón del teléfono.)* Nada: esa María Fernández entra aquí a servir, y ése es el hombre bueno que ella busca, porque él es bueno, más que bueno es tonto...

LUIS. ¡Oiga! *(Sigue hojeando.)*

JUAN. Y va a parecer más bueno todavía y aquí todos a ponderar la santidad de don Luis y hay diez mil duros para cada uno que da él... *(Suena el timbre del teléfono.)* ¡Ya está! Central, tres, cuatro, uno, Mayor.

GONZA. ¡Señora Brígida!

BRIGI. ¡Qué mundo!

INES. (¡Ah, no!)

LUIS. Hay seis agencias más.

JUAN. Tome las direcciones. *(Luis obedece.)* ¿Agencia de colocaciones "La ubre asturiana"? Óigame: ¿se ha presentado en esa agencia una tal María Fernández?... Bien.

LUIS. ¿Qué?

JUAN. Va a ver en el libro... ¿Eh? ¿Sí? ¿Y qué? ¿Se ha colocado ya? *(Dice a los otros que no con el dedo.)* ¿Sabe dónde vive? Claro, no lo ha dicho... Sí... Bien. Claro. ¿Pe...? ¿Cómo? Sí... Entonces lo... Sí, sí. Bien. Si vuelve a la agencia, mandarla a Pez, 280, señor Gran. Gracias.

LUIS. *(Afanosamente.)* ¿Qué, amigo Casado?

JUAN. Estuvo ayer en la agencia acompañada de

uno que dice que es hermano suyo, y que es quien la administra.

LUIS. ¿Un hermano?

JUAN. Comedia. Que no se atrevería a presentarse sola y fué con su administrador. Figúrense ustedes: una mujer de su educación, porque yo la conozco.

GONZA. Pero hombre...

JUAN. Es verdad. Algunas veces parece mi cabeza la loca de la casa... Una mujer de su clase, en un antro como "La ubre asturiana"... Ha quedado en volver y no ha dejado sus señas. ¡Qué iba a dejar!

LUIS. ¡Es ella!

JUAN. Desde luego. Incógnito, misterio, novela, folletín. Bueno, como las demás agencias no tienen teléfono, hay que recorrerlas todas.

LUIS. Son seis. Tocamos a dos. A ver, tres taxis. Los gastos por mi cuenta, ¿eh?

JUAN. Vengan fondos.

LUIS. Ahí van trescientas. *(Se las da.)*

JUAN. Ea, los sombreros, pronto...

LUIS. En seguida. *(Mutis a la carrera por el foro.)*

JUAN. *(A Gonzalo.)* ¡Vamos!

GONZA. ¿Pero yo también?

JUAN. Usted va a ganarse diez mil duros, hombre. ¡Hala! *(Al ver que no se mueve.)* Yo se lo suplico, amigo Gonzalo.

GONZA. En ese caso... *(Mutis por el foro.)*

JUAN. ¡Así se hacen las cosas! Arranque eléctrico, aceleración... ¡Soy el hombre más grande del mundo! *(A Inés.)* Algún día me mirará usted con la boca abierta.

INES. *(Furiosa, disponiéndose para marcharse.)* ¡Algún día sabrá usted quién soy yo! *(Jurando.)* ¡Por éstas! *(Al hacer mutis por la derecha, tropieza con don Diego, que entra.)* Perdón... Hasta luego. *(Vase.)*

BRIGI. *(Al ver a don Diego.)* ¿Eh?...

DIEGO. Muy buenas tardes.

JUAN. Buenas tardes.

LUIS. *(Entrando rápidamente con el sombrero en la mano.)* Cuando usted quiera, don Juan.

GONZA. *(Idem de idem.)* A la disposición de ustedes. *(Al ver a don Diego.)* ¡Caramba, amigo don Diego!... Tanto gusto... ¿Cómo usted por aquí?

DIEGO. Un amigo de provincias que me encarga le busque una habitación...

GONZA. Pues aquí no... Y lo siento. Casualmente...

JUAN. No se entretenga, amigo don Gonzalo. *(A don Diego.)* Y usted me perdone, pero un asunto de gran urgencia...

GONZA. Sí, dispénseme, don Diego; tengo que marcharme con don Juan y don Luis... Aquí queda usted con Brígida. Ella le dirá...

DIEGO. No tiene usted que darme excusas.

GONZA. *(Por Brígida.)* Le estoy muy agradecido. Me ha recomendado usted una perla...

LUIS. Vamos.

GONZA. Sí. Hasta nueva vista.

JUAN. Buenas tardes.

DIEGO. Buenas tardes. *(Se van por la derecha Juan, Luis y Gonzalo.)*

BRIGI. *(Tras una breve pausa y después de cerciorarse de que nadie la escucha.)* ¿Qué es esto, don Diego? ¿No le dije que no pusiera los pies en esta casa por nada ni por nadie? ¿Qué sucede para que infrinja así mis órdenes?

DIEGO. Algo muy grave, señora.

BRIGI. Diga.

DIEGO. Hizo usted mal en confiar sus proyectos a Ramona, la doncella. Parece que Ramona se lo contó a su madre, ésta a su otra hija, la otra hija al novio, el novio a su tía, la tía a su abuela, la abuela a una sobrina que es comadrona, la comadrona lo contó en casa de cierta marquesa para amenizar a no sé qué primeriza, allí estaba Mery Campillo, esa amiga de usted, que tiene una lengua que es un hacha envuelta en "El Noticiero de los Lunes", y por ahí se dice que está usted... tocada y

que ha entrado a servir en una fonda buscando un hombre que le guste para ofrecerle su mano y su fortuna. ¿Qué le parece a usted? Bueno, estoy de una bilis que todo yo soy hígado. Le suplico, doña María, que me autorice parar contar a todo el mundo lo que me dijo usted al entrar aquí de criada: que hacía esto porque así lo había prometido como una gran mortificación cuando estuvo a la muerte con la bronco-pneumonía.

BRIGI. No, amigo don Diego; no le autorizo a decir lo que no es cierto.

DIEGO. ¿Eh? ¿Pero...?

BRIGI. Conociendo su natural exaltado, no quise decirle la verdad. No estoy aquí cumpliendo una promesa ni buscando al tuntún al hombre que pudiera convenirme. Estoy aquí para comprobar si el que ya escogió mi corazón es o no digno de mi mano y de mi fortuna.

DIEGO. *(Asombrado.)* ¡Carape!

BRIGI. Y lo es, don Dieguito; lo es. Porque Gonzalo es un santo del cielo.

DIEGO. ¿Pero es Gonzalo?...

BRIGI. Sí. ¡Qué hombre! ¡Qué rectitud la de su conciencia! ¡Qué bondad la de su corazón!

DIEGO. ¿Pero usted le conocía de antes?...

BRIGI. Desde hace mucho tiempo.

DIEGO. Pues él jamás me dijo...

BRIGI. No, si él no se fijó nunca en mí. ¡Ay!... La primera vez que le vi fué en Navarra. Volvía yo de hacer una excursión con mi pobre sobrino, por el Pirineo. Al llegar a la aduana se detuvo el automóvil y un carabinero, él, nos preguntó si teníamos algo que declarar. Yo dije que no, porque, en efecto, nada había comprado en Francia; él, cumpliendo su obligación, miró bajo los asientos y, ¡qué horror!, encontró un faro que había comprado el chófer y muchas cajas de tabaco que había comprado mi sobrino, Me quedé muerta: no podía ni hablar... En aquel entonces había un gran

rigor en las aduanas y hasta se publicaban en los periódicos los nombres de las señoras que intentaban contrabandear. Balbucí unas palabras de excusas y él, haciéndose cargo de mi inocencia y de mi apuro y mirándome bondadosamente, me salvó diciendo a su jefe en voz alta: Sólo llevan estas cosas que han declarado. No pude apenas darle las gracias; tal fué la emoción que sentí.

DIEGO. ¡Caramba con el carabinero!

BRIGI. Volví a Valcarlos varias veces, pero no le encontré jamás. Al cabo de los años y cuando ya su imagen se iba borrando de mí, una tarde paseaba yo a pie por la Moncloa y unos chicos, que huían despavoridos, me advirtieron que un perro rabioso venía hacia mí.

DIEGO. ¡Jesús!

BRIGI. Me quedé sin poder dar un paso: observé, aterrada, que por una de las veredas el mastín rabioso se acercaba a mí; di un grito, y un guardia urbano... ¡¡él!!

DIEGO. ¿Eh?

BRIGI. Sí, él, que casualmente venía tras de mí, se interpuso de un salto entre el perro y yo y de un tiro de revólver le dejó sin vida. ¡De nuevo volvía a salvarme!

DIEGO. ¡Caramba con el guardia!

BRIGI. Ni aun darle las gracias pude, porque cuando la emoción me permitió hablar, él, rodeado de los que le felicitaban por su hazaña, estaba ya muy lejos.

DIEGO. ¿Y luego no?...

BRIGI. Sí: indagué, me dijeron que era casado, que tenía dos hijitas... Le envié anónimamente una cantidad, con la que sin duda montó este negocio, y para desimpresionarme, porque su recuerdo era mi obsesión, viajé durante unos años.

DIEGO. ¡Ah! ¿Fué por eso?...

BRIGI. Sí. Regresé a España a la muerte de mi pobre sobrino; por amistad con San Cristóbal,

el cura de San Ginés, encargué allí las misas de San Gregorio y una mañana oí tras de mí, entre fuertes golpes de pecho, una oración y muchos sollozos. Volví la cara disimuladamente y ¡era él!... Nuevamente le ponía Dios en mi camino y esta vez en su propia casa, como diciéndome: "No desoigas mi voz"... Por el hombre de las sillas, que le conocía, averigüé las causas de su desolación. Se había quedado viudo; sus negocios no marchaban bien. Entonces... Ya usted sabe lo demás, amigo don Dieguito. Aquí estoy y le aseguro que estoy pasando las horas más felices de mi vida... ¿Eh? *(Escuchando hacia el lateral derecha.)* ¡Cuidado!... Alguien abre... Espéreme esta tarde en San José, a la hora del Rosario. Necesito de su consejo, porque precisamente por hablarse por ahí de estas andanzas mías, unos huéspedes de esta casa... Luego le diré...

INES. *(Entrando en escena por la derecha. Viene furiosa.)* ¡Malhaya sea mi sombra!...

BRIGI. ¿Qué le pasa, Inesita?

INES. Nada, Brígida, que hoy me sale todo al revés. He ido ahí enfrente a hacerle las manos a la de Calonge, que tiene un padrastro que es un tío grosero y con el humorcito que yo llevaba con eso de doña María Fernández, que así se mueran ella y el administrador... *(Don Diego, aterrado, mira a Brígida.)* Pues el padrastro empezó a decirme que eso de las manicuras era una tontería, porque lo mejor era comerse las uñas, y yo le tiré el aguamanil a la cabeza.

BRIGI. ¡Jesús!

INES. Y es que estoy fuera de mí. Palabra. Yo le aseguro a usted que como aquí entre a servir esa María Fernández, la señalo yo. *(Jurando.)* ¡Por éstas!... Y si viene el administrador a defenderla... ¡Bueno! A ese sinvergüenza...

DIEGO. Me marcho. Ustedes tendrán que hablar...

JUAN. *(Entrando por la derecha.)* ¿No han vuelto ésos?

BRIGI. No...

JUAN. Claro; yo he ido a las dos agencias más cercanas...

INES. *(Con las de Caín.)* ¿Y qué? ¿Nada?...

JUAN. Sí: en las dos se había presentado también, con su hermano, por supuesto; bueno, con su administrador, y ni ha vuelto ni dejó tampoco las señas... A ver si Luis y Gonzalo tienen mejor fortuna. La tendrán. Estoy optimista. A mí me sale bien este negocio. A doña María Fernández la cojo yo por mi cuenta y ésa suda aquí millón sobre millón.

INES. A lo mejor, el administrador es un vivo, que averigua las intenciones...

JUAN. Al administrador lo quito yo de en medio por las buenas o por las malas. Mejor por las malas: es más eficaz y más barato. ¡Apenas he quitao yo gente de en medio!...

DIEGO. *(Atemorizado.)* Bien, pues yo dejo a ustedes...

BRIGI. ¿Se va usted ya?...

DIEGO. Sí; yo aquí, no... *(En voz baja y apuradísimo.)* Señora... ¿Pero qué gente es ésta?...

BRIGI. ¡Silencio!... *(En alta voz.)* Ya diré a don Gonzalo... *(Suena el timbre del teléfono.)*

JUAN. ¿Eh?... ¿Acaso?... *(Se pone al aparato.)* ¿Quién?... Sí... ¿Eh?... *(Nerviosamente.)* ¿Que han salido para acá hace un rato?... Bien... Gracias... Muchas gracias. Adiós. *(Deja el aparato.)* ¡Es de la Ubre!... Me han dicho que ella y el que la acompaña han salido para acá hace ya un rato. ¡Viva la vida!... Caramba, y no están aquí ni Luis ni Gonzalo... Los aguardaré en el portal para prevenirles y aleccionarles... Quiero que hagan bien las cosas. Ah, Brígida, cuando suban esos dos, que esperen.

BRIGI. Sí, señor.

JUAN. Y naturalidad, mucha naturalidad. *(A Inés, suplicante.)* Inesita, por Dios, que son diez mil duros para usted y unos cuantos millones

para mí, que serán también para usted, porque yo he de ponerlos a los pies de usted. *(Tomando el sombrero, canturreando y haciendo mutis por la derecha.)*

Si tiene callos, cuídese.
Señora, a los pies de usted.
Tomás, haz lo que Blas:
cómprate un Nash
y ya verás... *(Vase.)*

INES. *(Tragando saliva.)* Sí, canta, canta, que ya verás tú lo que es bueno. Yo soy de las Peñuelas, recriada en Chamberí y educada en Pardiñas, y yo, cuando llega la hora, tiro por el balcón, no digo diez mil duros, tiro a doña María Fernández y a su administrador. *(Entra en su cuarto maldiciendo y lo cierra de un portazo.)*

DIEGO. *(Asombrado y miedoso.)* Pero señora, ¿cómo hablan aquí de usted y, sobre todo, de mí? ¡¡Caramba!!...

BRIGI. Es que... *(Rumor de voces dentro.)* Váyase, váyase. Luego le explicaré..., si puedo.

DIEGO. Perfectamente. Hasta luego. *(A Paco y María, que se disponen a entrar cuando él intenta salir.)* Pasen, pasen...

PACO. *(Entrando.)* Sí, señor. *(Entra con María.)* A las buenas tardes.

DIEGO. Buenas tardes.

MARIA. A Dios sean dadas. *(Vase don Diego. Paco y María son dos bestias, mejorando los presentes. El viste chaqueta, faja, pantalón atado a las canillas y se toca con una gorra peluda. María viste de aparejo redondo. Los dos, alrededor de los cuarenta años.)*

BRIGI. ¿Son ustedes los que vienen de la agencia?...

MARÍA. Pa servirles.

BRIGI. Gracias.

MARIA. A Dios sean dadas.

BRIGI. Pueden sentarse, si gustan.

PACO. *(Sentándose.)* Ya está. Acúlate, María. *(Se sienta María. A Brígida.)* Y por nosotros se pué usté sentar también: no hay que gastar cumplíos, que, a Dios gracias, estamos cevilizaos, aunque nos esté mal el decirlo. Semos de tierras de Segovia; mu cerquísma...

BRIGI. Gracias. Tengo que hacer por ahí dentro, y como no soy yo quien ha de tratar con ustedes...

PACO. ¿No es usté el ama?

BRIGI. No, señora; aquí no hay ama. Es amo.

PACO. Mala burra hemos comprao. De tos mos, ya le dirá usté que se haga presente...

BRIGI. Pronto vendrá. Yo voy a...

MARIA. No lo soliviante usté. Que venga cuando le cumpla...

PACO. A ver si te callas. ¿Pa qué vengo yo?

MARIA. Hombre, vienes a traerme, pero la que se va a queá soy yo. Digo, me parece...

PACO. Te queas o no te queas. Eso según la clase de personal que haiga aquí. Y me está dando un mal barrunto.

MARIA. Ah, pues vámonos.

PACO. *(Sentándola de un tirón.)* ¿Qué te vas tú a ir? ¡A ver si te doy!...

MARIA. *(Con cara de idiota, con risa de imbécil y dándole cariñosos manotones.)* ¡Ja, ja!..., ¡Anda que eres más bestia!... *(A Brígida, por Paco, y como si le dijera es San José de Calasanz.)* Es mi hermano. ¡Ja, ja!... ¡Es más bruto!...

BRIGI. Se ve. *(Paco sonríe y asiente complacido.)*

MARIA. Pues lo que se ve no es na.

BRIGI. Por muchos años.

MARIA. Pa lo que usted guste mandarle.

BRIGI. Muchas gracias.

MARIA. A Dios sean dadas.

BRIGI. Por si se queda usted en la casa que se quedará, porque se trata de buena gente, y le darán a usted todo cuanto pida...

PACO. ¿Es de veras?...

BRIGI. Voy a permitirme darla un consejo.

MARIA. Sí, señora. Diga lo que sea.

BRIGI. Que procure afinarse un poco, aunque sólo sea de cuando en cuando.

PACO. ¿Eh? Pero si a ésta lo que la mata es lo fina que es. Si ésta no tiene de basta más que el aparejo. A ésta la viste usté de falda escasa y tacón crecío y... una duquesa.

BRIGI. Bien, pues ahora vendrá el amo, hasta luego.

PACO. Deje usté mandao.

BRIGI. Gracias.

MARIA. A Dios sean dadas.

BRIGI. *(Haciendo mutis por el foro.)* (No es posible que crean que yo soy.) *(Vase.)*

PACO. ¿Has oído que aquí hay amo na más? Pos ten caeza, que a lo mejor es un tío arriscaete que se encalabrina contigo, te engríes tú con él y me dejas a mí en mitá el arroyo. Pero... ¡ja! ¡Como soy tu hermano, que te eslomo!

MARIA. *(Con su risa imbécil y su boba admiración hacia Paco.)* ¡Ja, ja!... ¡Qué imaginativo eres!

PACO. Güeno; hay que ponerse en to, que las mujeres seis mu endebles de sentío.

MARIA. *(Manoseándolo cariñosa.)* ¡Anda..., no lo dirás por mí!

PACO. Eso no. Pero el que está alerta, que advierta. En estas dos semanas que llevo a tu lao le he tomao ya el gusto a Madrí y yo no vuelvo al pueblo a agarrarme otra vez a la labor... ¡Ca!

MARIA. ¡Ja... ja! ¿Te gusta Madrí?

PACO. *(Poniendo los ojos en blanco.)* ¡Que si me gusta!... ¡Valiente Madrí! Y lo que má me gusta es lo lejos que le han puesto el campo. ¡Na, que yo de aquí no me muevo! Si me sale aquí un buen empleo donde poder descansar, ¡pchs!; pero si no me sale, que no me "sala": lo que es yo, no vuelvo al pueblo a cogé las riendas ni a poá viñas. ¡Que poe viñas mi abuela!

MARIA. Oye: a lo mejor se tropieza con un señorito de influencia que puede colocarte, ¿eh? ¿Qué te gustaría a ti ser?

PACO. ¿Ser? ¡Lo que soy! ¡Na! ¿Pa qué? ¡Pero si así da gusto! Tú déjame a mí y métete en tus cosas.

MARIA. Lo que tú quieras.

PACO. ¿No ves tú que en cuanti yo sea algo, es un amarrijo el cargo que sea y se me acaba la distracción por esas calles? Na, na. Yo a administrarte los cuartejos que ganes, y no tengas reconcomio, que ya sé el trabajo que cuesta ganarlo. ¡Lo que he sudao yo en esta vida!

MARIA. ¡Pobrecillo!

PACO. Pero anda que ahora... ¡Viva Madrí, hombre! ¡La de gente que hay como yo! Y es que, ¡diferencia va de Madrí a aquel poblacho nuestro!

MARIA. ¿Verdá que sí?

PACO. Yo es que m'atonto. No sabe uno dónde acudir, de tantas cosas buenas que hay que ver. ¡Mira tú que plantarse uno en la ca de Alcalá, en una esquinita y liarse a ver pasar gente y más gente y venga reparar y no conocer a naide, da gusto!

MARIA. ¡Verdá, verdá!... ¡Ja, ja!...

PACO. Otra cosa hay que te lo digo porque eres mi hermana. Allá en el pueblo le echas el ojo a una mujer y, si eres malicioso, pa verle las mollas de las piernas tiés que esperar a que haiga capea y se suba a un carro. Pues aquí... ¡madre!... ¡Si to son mollas! *(Suena un timbre.)*

BRIGI. *(Saliendo.)* Debe ser el amo. Voy a abrirle y le diré que están ustedes aquí. *(Vase.)*

PACO. Mu agradecíos. *(A María.)* Tú, a ver si te se ocurre algún agrado y alguna finura cuando cuele, que el toque está en entrarle por el ojo, y la primera embestía es la que vale.

MARIA. Descuidia, que cuando estuve pa ayudar a la cocina en casa de la modista francesa se me pegaron muchas cosas de ella. ¡Qué señora más fina! Pa to el mundo tenía un cumplío.

Claro que en su lengua: "pardón, si vu plé, madán, güi"...

PACO. ¿Y eso qué es?

MARIA. Qué sé yo. Lo único que yo averigüé, en mis cortos alcances, fué lo que quiere decir "mersí", que es gracias, y "omondié-mondié", que quiere decir: que le aproveche.

PACO. ¡Contra!

MARIA. Sí, porque verás: cuando yo erutaba, porque me cogió por entonces una luna muy airosa, ¿sabes?, pues siempre que yo erutaba me decía: "Omondié-mondié".

PACO. Vamos, de provecho sirva.

MARIA. Sí, "mondié". La lástima fué el poco tiempo que estuve en la casa. Lo sentí. Pero la pobre se creyó que lo que a mí me pasaba era que estaba mala del pecho, y a los cuatro días me mandó diez duros con la oficiala del taller, que fué y me dijo: de parte de la maestra, pa que se vaya usted a cambiar de aire.

PACO. Y a propósito de diez duros. Eso es lo que hay que pedir de salario.

MARIA. En ocho está bien.

PACO. ¿Qué va a estar? Fíjate: dos reales de posá pa mí, hace tres duros. Mi mantenencia...

MARIA. Ya te bajaré yo comida todos los días...

PACO. Pero ¿no le vas a echar un cafetito y un cigarro? Pon seis duros más y ya son nueve. No puen ser ocho, María.

MARIA. Es que yo, de la sisa...

BRIGI. *(Saliendo)* No es el señor. Eran dos de los huéspedes... *(Haciendo mutis.)* (Cuando la vean... ¡Qué lástima! Es demasiado bruta... *(Se va.)*

PACO. ¿Qué decías tú de la sisa?...

MARIA. Verás: pon tres gordas de la carne, dos del pescao y una de las verduras, que hacen al mes... *(Quedan echando sus cuentas por los dedos, y como, además, están de espaldas a la puerta de entrada, no advierten la presencia de Luis y Juan.)*

LUIS. *(Por la puerta de la derecha, asomando sólo la cabeza. A media voz.)* ¡Señores, qué pinta! Vienen muy bien caracterizados.

JUAN. *(Idem.)* Dice Brígida que el administrador, sobre todo, hace su papel admirablemente.

LUIS. Pues yo no he de quedarme atrás. Va usted a ver un cómico. *(Paco se rasca brutalmente.)* ¡Qué bárbaro! Como matiza. Note, note.

JUAN. Le pica.

LUIS. ¡Si no estuviera uno en el secreto!... Pero dime cómo te rascas y te diré quién eres. En fin, arriba el telón. Vamos.

JUAN. Vamos. *(Entran resueltamente.)* Buenas tardes.

MARIA. }
PACO. } *(Poniéndose de pie.)* Buenas tardes.

LUIS. *(Solemnemente.)* Un momento. *(Atraviesa la escena y se arrodilla ante el cuadro de un fraile que habrá a la izquierda. Juan le sigue y permanece a su lado con el sombrero devotamente quitado.)*

PACO. ¡Rediele!

MARIA. *(Dándole con el codo.)* ¡Calla!...

LUIS. *(Después de santiguarse y como presa de una gran emoción.)* ¡Santo bendito!... San... San Sebastián... Que nadie se entere de lo que acabo de hacer... De labios de estos amigos no saldrá una palabra, pero como me ha visto tantísima gente, haz que nadie se acuerde de lo que he hecho. Amén.

PACO. *(Escamado.)* ¡Contra!...

LUIS. No lo puedo remediar, santo bendito; me encontré a la pobre niña llorando desolada. Yo no sabía quién era, pero al enterarme de que era una pobre huérfana que hacía siete días vagaba por Madrid sin comer, la alcé en mis brazos y la llevé al Asilo. ¡Pobre niña! Con sus ojitos tristes pedía calor para su cuerpecito aterido... *(Acongojado.)* El calor de los brazos de su madre muerta... ¡Ah!... Pero aquellas buenas hermanitas del Asilo tendrán para

ella, sí, amores de madre, sí, consuelo para sus penas, ternuras para su corazón, sí, sí!...

JUAN. *(Besando a Luis en la cabeza.)* ¡Santo!...

LUIS. *(Sollozando.)* ¡Ahora vengo de asegurar su porvenir! Cuando sea mayorcita y salga del Asilo le entregarán en la Caja Postal seis mil duros. ¿He hecho mal? ¿Verdad que no? *(Volviéndose a hincar ante el cuadro.)* ¡Lo que quiero es que no se sepa! ¡Que no se sepa! *(Golpeándose el pecho.)* ¡Perdón, perdón, perdón!... *(En franco latiguillo.)* ¡Harto pagado estoy con aquel beso que le di en la frente! ¡He besado a un ángel! ¡He besado a un ángel! *(Solloza.)*

JUAN. *(Volviéndole a besar y secándose las lágrimas.)* ¡Santo!

PACO. *(Soltando el grifo de las lágrimas.)* ¡¡Guaj!!...

MARIA. *(Llorando.)* ¡Guaj!

JUAN. *(Levantando a Luis.)* Vamos, venerable don Luis..., vamos...

LUIS. *(Transido de pena.)* ¡Perdonadme! ¡Perdonadme!...

PACO. ¿Y dice usted que esto no se sepa? Vamos, hombre: que salga en los papeles con su retrato y to. ¿No sale el que mata a su novia? ¡Pues usted con más motivo, rediéle!

LUIS. ¡Oh, no! Que tu mano izquierda no se entere de lo que hace tu derecha. Yo soy así.

MARIA. Por muchos años, caballero. *(Quitándose las lágrimas con la mano.)* ¡Qué corazón! *(A Paco.)* Trae el moquero, bestia.

PACO. ¿Moquero yo? Mientras tenga estos cinco... *(Se seca los ojos con la mano.)*

LUIS. Permítame... *(Le ofrece un pañuelo rojo que lleva en el bolsillo del pecho.)*

MARIA. *(Tomando el pañuelo.)* Merci.

JUAN. (¡Se vendió!)

LUIS. (¡La pobre!)

MARIA. *(Limpiándose los ojos.)* Es usted un santo, caballero. ¡Un santo muy grande!

LUIS. (¡La derrengué!)

MARIA. No creía yo que había en Madrid ningún guiispede con ese corazón. *(Se suena brutalmente, ruidosísimamente y le devuelve el pañuelo.)* Tome usted.

LUIS. Gracias.

MARIA. A Dios sean dadas.

LUIS. Y perdonen el rato que les he dado, pero me embargaba la emoción y tenía que desahogarme... Siento que me hayan ustedes conocido tal y como soy.

JUAN. Ya, ya verán más despacio... Yo le admiro y le quiero... Lo que hizo con unos negros en el Indostán...

LUIS. *(Tapándole la boca.)* Calle, calle... *(Medio abrazándole para decirle en voz baja:)* Cuidado con la fantasía, que ésta es gente que ha viajado...

JUAN. Es un Juan de Dios y un Juan de la Cruz.

MARIA. ¿Se llama usted así?

LUIS. Me llamo Luis Madrigal, para servirle.

MARIA. Aquí, servidora, María Fernández. Este, mi hermano ¡¡Paco!!

LUIS. De oficio labrador, por lo que se ve.

PACO. Como San Isidro; sí, señor.

LUIS. Buen ejemplo.

PACO. Lo digo al respective de que, como no aren los ángeles, lo que es yo...

LUIS. Es un humorista.

JUAN. Entonces es usted la que viene a ofrecerse...

MARIA. Sí, señor. A ver si nos arreglamos...

LUIS. ¿Por qué no? Siendo hacendosa y limpia...

MARIA. ¡Eso sí que sí! Otra cosa no habrá, pero limpieza... Yo, en cuanto se me ensucia una prenda, ya me la estoy poniendo del revés. ¡A mí, no!

LUIS. *(A Juan.)* Es María Guerrero.

MARIA. ¿Qué?

LUIS. Nada, que las personas humildes que se dedican a la servidumbre y la soportan con resignación, me cautivan, me entusiasman, me enamoran... son los únicos esclavos que perduran

al través de los siglos... ¡Me conmuevo! *(Tirando de cartera.)* Tome, acepte estos cinco duros.

MARIA. *(Aceptándolos.)* Gracias.

PACO. Trae.

LUIS. *(A Paco.)* Tome, tome usted otros cinco.

PACO. Vengan. *(Los toma.)* ¡Vaya un hombre! *(A Juan.)* ¿Y usted qué?

JUAN. No; yo nada. El bueno es éste.

GONZA. *(Estornuda dentro fuertemente.)* ¡Atchís!...

MARIA. *(Contestando al estornudo.)* De salud sirva.

PACO. Mondié.

GONZA. *(Entrando.)* Buenas, señores.

LUIS. Caramba, ¿dónde se ha metido usted? *(Le guiña.)*

GONZA. Ahí, en la parroquia. Volvía y aproveché para hacer mis devociones...

MARIA. ¡Qué buena gente, Paco!...

PACO. Aquí te dejo yo manque sea desnúa.

MARIA. ¡Paco!...

LUIS. *(A María.)* Aquí tienen ustedes al dueño de la casa.

GONZA. *(Ingenuo.)* Ah, ¿pero aquí la señora es doña...?

JUAN. *(Más ingenuo aún.)* Sí, doña María Fernández... (¡Coléme!)

MARIA. Andá, doña y to.

LUIS. El don, señora, se le pone a todo el mundo en los sobres; justo es que mientras usted no entre a nuestro servicio se le... dondee.

MARIA. A su gusto.

LUIS. Gracias.

MARIA. A Dios sean dadas.

GONZA. Bueno; pues... usted dirá lo que quiere ganar.

PACO. Pa eso he venío yo, amigo.

GONZA. Tiene usted la palabra.

PACO. Pues por ser pa usted, y en vista del buen personal que hay en la casa, que aquí, sobre todo *(Por Luis.)*, es un corazón de hombre que está de nones, muy nones, usted dispense,

pero en menos de diez duros no se la puedo dejar.

GONZA. ¿No podrían ser ocho?

PACO. En ocho, pierdo.

GONZA. ¿Usted?

LUIS. No consiento, don Gonzalo amigo, que se regateen dos miserables duros a quien se presenta humilde y cristianamente deseando servirnos.

MARIA. ¡Qué bueno es usted, caballero! *(Brigida, que ha entrado en escena hace un rato y que presencia todo esto, sonríe muy complacida.)*

LUIS. Así he nacido y así moriré.

JUAN. Pan de Viena.

MARIA. Mendrugo, sí, señor.

GONZA. Pues nada, sean los diez duros.

LUIS. Así. Los diez que da usted y los cinco que doy yo por cuidar las lamparillas que tengo encendidas constantemente a los santos de mi devoción, pues hacen quince duros, que ya...

PACO. ¡¡Quince duros!!

MARIA. Caballero, déjeme usted que le bese la mano. *(Se arrodilla ante él.)*

LUIS. *(Arrodillándose también.)* ¡Oh, no! Ante mí, no... Soy yo quien se arrodilla ante la pobreza y la humildad... *(A Paco.)* Joven, aúpela.

MARIA. *(Levantándose llorosa.)* En mi vía he topao con un tío más bueno. *(A Paco, en tono normal.)* ¿S'habrá enamorao de mí? Porque a mí, me gusta de un modo...

PACO. Onjalá.

GONZA. Bueno. ¿Y usted sabe hacer de todo?...

MARIA. *(Agradecidísima y emocionadísima.)* De to, to, to... Y lo que no sepa hacer, si me lo mandan, lo hago también. Yo hago lo que me manden, sea como sea, y ya está. Soy muy obedientiva. Si me dicen que me tire por un balcón, me tiro. ¿Me tiro?

JUAN. ¡No, por Dios!

MARIA. Además, soy muy alegre pa el trabajo. Yo, en cuanti estoy de faena, rompo a cantar sin dar-

me cuenta, que retiemblan las paderes. No sé trabajar sin cantar. Alegre que soy. La cocina donde yo esté es una feria.

LUIS. No; a la cocina no irá. El fogón es enfermizo...

MARIA. Sí que lo es. ¡Qué corazón de hombre!

LUIS. Yo soy así.

MARIA. Pos si quieren, haré las camas, daré brillo al suelo, friegaré las puertas.

LUIS. Ya veremos, ya veremos. ¿Sabe usted hacer croché?

MARIA. No, señor; pero lo hago. Y muy contenta.

PACO. Una ojeción. Yo podré vení de cuando en cuando a ve a mi hermana, ¿no? Porque como soy su administrador.

GONZA. ¿Cómo?

JUAN. ¿Qué?

PACO. Hombre, ya ustedes me entienden: su administrador, como aquél que dice...

LUIS. Claro, señor: al cabo de la calle. Usted puede venir aquí cuando guste, porque viene usted a su casa.

PACO. Pues si no hay más que mandar, voy a subirle el hato a ésta, que lo he dejao en la portería.

TODOS. Adiós... Vaya usted con Dios... Hasta después.

GONZA. Por aquí... *(Le indica la puerta.)*

PACO. Merci.

GONZA. Ne pa de cuá.

PACO. Güi. *(Vase.)*

MARIA. Se le han pegao de mí algunas cosas, y las suelta siempre que puede...

INES. *(Entrando en escena.)* Hola... ¿Es la criada nueva?...
(¡Atiza!)

MARIA. Pa servirla.

INES. Pues ya me está usted limpiando los zapatos.

JUAN. ¡Esta Inesita!...

LUIS. ¡Vamos, Inés!... Brígida, haga el favor de limpiarle...

INES. Pero ¿por qué ha de ser Brígida, hombre?... *(A María.)* ¿Es que no sabe usted limpiar unos zapatos?...

MARIA. La verdad sea dicha, yo nunca...

JUAN. ¡Claro!

GONZA. ¡Natural!

LUIS. ¡¡Inés!!...

INES. *(Enérgica.)* Pues ahora lo va usted a hacer, porque yo se lo mando.

MARIA. *(Muy sumisa.)* Sí, señora. To lo que usted quiera. No faltaría más. *(Se arrodilla ante ella.)* A ver, vengan esos pieses... *(Emprende la faena.)*

LUIS. *(Suplicante, más aún con el gesto que con la voz.)* ¡Inesita!

JUAN. *(Idem.)* ¡Pero, mujer!...

GONZA. *(Idem.)* ¡Criatura!...

INES. *(A María.)* Haga el favor de frotar más fuerte. ¡Vamos!

MARIA. Sí, señora; sí, señora... *(Echa una saliva en el zapato y frota fuertemente.)*

PACO. *(Entrando con un hato muy grande.)* Aquí está esto. *(Fijándose en las piernas de Inés.)* ¡Mi madre, qué molla! ¡Lo que cansa la escalera! *(Se sienta en el suelo.)*

MARIA. *(Frotando y cantando.)* Yo no quiero querer a un chispero...

LUIS. ¡Qué cómicos más grandes!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

(Están en escena Brígida, Luis, Juan y Gonzalo. Brígida cose; Luis, acodado sobre la mesa, estudia unos planos. Juan examina unos papeles de música, y Gonzalo, triste y preocupadísimo, ajeno a cuanto le rodea, pasea con las manos a la espalda.)

JUAN. Hay que ver la musiquita que le ha hecho el maestro Sarasqueta al cuplé del callicida. Como Bustamante le haga al del Nash una música por el estilo, me voy a divertir. ¡Qué espanto!... *(Mirando a Luis.)* También la letrita se las trae. Esto no es estribillo ni es nada. *(Tarareando.)*

Y en los intervalos
malos, malos, malos,
comprad y tened.
A los..., a los..., a los...
A los pies de usted.

¡Qué barbaridad! Me va a dar pocas el inventor. *(Guarda los papeles.)*

LUIS. Bueno, ¿y esto qué es? Porque yo no lo entiendo.

JUAN. ¿Eso? Eso son dos millones de pesetas. Cifra redonda. No rebajo ni un céntimo.

BRIGI. Alguna nueva locura, ¿no?

JUAN. ¿Locura? ¡Sí, sí! Ya lo verán. ¡El pasmo del mundo! Mi último invento patentado. ¡Menudo negocio!

BRIGI. Como el de los coches, ¿no?

JUAN. El de los coches, Brígida, fué un error, que yo soy el primero en lamentar.

LUIS. Quien lo lamenta soy yo, que tuve que com-

prar el coche con caballo y todo, porque sin caballos no lo vendían, y ahora no sé lo que hacer con él, porque aquello del aprovechamiento era una locura.

JUAN. Del caballo se sacan once mil pasadores de hueso, don Luis; se lo aseguro yo a usted. Claro que hay que mandarlo a San Francisco de California, que es donde está la fábrica y cae un poco lejos de aquí. Pero, en fin, bien mirado, ha perdido usted poca cosa, porque tiene usted un coche a la orden, con un caballo que es una exhalación.

LUIS. De eso de la exhalación tengo yo la culpa. Como lo encierro en la fábrica de sombreros de paja de mi primo, y allí le echan en el pesebre los sombreros que resultan defectuosos, pues el pobre animal, cuando ve por las calles un sombrero de paja, se desboca. Dice Fernández que se pára delante de los escaparates de las sombrererías y se pone a relinchar y a dar coces, que, vamos, tienen que comprarle un sombrero de paja para que siga andando. ¡Hice yo un negocito!...

JUAN. No todas las cosas han de salir derechas, amigo don Luis. ¡En cambio, esto...! *(A Gonzalo, cariñosamente.)* ¡Nos vamos a forrar, don Gonzalito!

GONZA. Con que yo encontrara hoy, a cualquier precio, las cinco mil pesetas que necesito... Porque es que nos van a poner en la calle, señores. Ustedes no tienen idea de la gravedad de mi conflicto.

JUAN. ¿Qué gravedad ni qué niño muerto, hombre de Dios? Aquí está la solución de todos los problemas. En cuanto don Luis pesque los millones de doña María Fernández..., ¡que es como si los hubiera pescado ya!..., se dedican quinientas mil pesetas a poner en práctica esto. ¡Esto!... ¡Una pochez! ¡No más paletos perdidos en Madrid! ¡No más forasteros preguntando a los guardias! Potente pro-

yección por las noches, en el cielo, del plano de Madrid. Calles, plazas, hoteles, teatros. ¡Todo a la vista!... Mirar, andar y no tropezar.

GONZA. Pero ¿el negocio es proyectar en el cielo el plano de Madrid? Vamos, hombre: usted está mucho peor.

JUAN. ¡Don Gonzalo!

GONZA. Nada, que si todos los negocios son como ése, no me va a liquidar nunca lo que me adeuda.

JUAN. Ya usted sabe que mientras no le liquide, le renta el veinticinco por ciento. Usted no pierde nada. El que pierde soy yo.

GONZA. Tiene usted la imaginación más grande del mundo. *(Se oye un estrépito formidable de cacharros rotos.)* ¡¡Porras!!

LUIS. ¡Adiós mi dinero!

JUAN. ¡Atiza!

BRIGI. ¡Jesús!

INES. *(Entrando en escena.)* ¡Jajay!... La millonaria nos ha dejado sin platos: once ha roto.

GONZA. *(A Luis, alargándole la mano.)* Once pesetas.

LUIS. *(Dándoselas.)* Sí, señor. Caramba con los fingimientos; me llevan costados ya más de seis mil reales.

BRIGI. Parece que rompe las cosas a propósito.

LUIS. Como no está acostumbrada a servir, se le escurre todo de las manos.

INES. Pero ¿es posible que crea usted todavía que esa mula, porque es una mula, es doña María Fernández, la millonaria?

LUIS. Vaya si lo creo.

INES. Vamos, usted es tonto.

LUIS. ¡Inesita!

INES. Pero ¿en qué se funda usted, criatura de Dios?

GONZA. Yo estoy aquí con doña Inesita; pero, en fin, mientras usted le pague el sueldo y abone los desperfectos que origine...

INES. ¿Qué ha de ser doña María Fernández esa bestia? Que ha coincidido que se llama María

Fernández, y ya está. ¿Me quieren ustedes decir en qué se le nota que es una señora? ¡Primo! ¡Más que primo!... Lo mismo que su administrador. ¡Sí, sí; administrador! ¡Menuda bicoca ha encontrado el hermanito! ¡Come, bebe, se pasea, es un hambrón que se lo traga todo!... Pero ¿ustedes se creen que el administrador de una millonaria solicita y obtiene el coche de punto de don Luis para explotarlo por esas calles?...

LUIS. ¡Está usted cogida, Inés! Es cierto que se ha hecho cargo del coche; pero la prueba evidente de que ha sido para despistar, es que en los once días que lo tiene, todavía no ha hecho ni una carrera. ¿Eso qué quiere decir? Que el hombre no sabe el oficio, y no se atreve...

JUAN. Yo siempre le veo ahí en la esquina con el alquila bajo...

INES. Porque es un gandul. Y en vez de tomar el fresco a pie, como antes, pues lo toma sentado en el pescante, que es más cómodo.

LUIS. *(Dudando.)* ¡Caramba! ¿Será verdad?... Lo sentiría yo por muchas cosas. Las ilusiones perdidas, las mil quinientas pesetas también perdidas, y que ella..., vamos, me hace a mí gracia.

INES. ¿Será Toribio este tío conquense?... ¡Mire usted que hacerle gracia esa borrica!...

LUIS. ¡Ah! Pero de hoy no pasa que yo me entere... Le voy a decir que cuando venga su hermano se vea conmigo, y de hombre a hombre...

INES. No; si la que hoy va a enterarse de todo soy yo.

JUAN. ¿Usted?

INES. Sé que esa María Fernández, antes de venir a esta casa, ha estado sirviendo en la droguería de la esquina, cuyo dueño es paisano suyo, y ése me va a poner a mí al corriente de todo, porque si me dice que la conoce de

toda la vida y que siempre ha sido lo que es...

GONZA. Claro.

LUIS. Me parece muy bien.

BRIGI. A lo mejor están de acuerdo ..

JUAN. ¡Qué poca fe! Vamos, señores: ¡sursum corda! Se me está ocurriendo una idea cumbre. En cuanto salga hablamos todos del apuro de don Gonzalo, le metemos el corazón en un puño, y pierdo la cabeza si esa mujer no hace así y, pum, pum, pum, apoquina las cinco mil pesetas.

GONZA. Sería una prueba definitiva.

LUIS. Concluyente.

JUAN. Pues oído al parche, que aquí sale. Ayudadme todos. Usted también,-Inesita.

INES. Por mí que no quede.

MARIA. *(Entrando por el foro con unos zorros, la escoba y el cogedor, o la máquina de dar brillo, y cantando.)*

"Al soldado de Castilla
la fortuna le acompaña..."

¡Ja, ja! Ustés disimulen... Y usté disimule también, don Gonzalo; pero al salir de la cocina, por no pisar un carbón, que eso me destiempla a mí to el cuerpo, pus hice un regate y he rompido once platos.

GONZA. Ya don Luis ha tenido la amabilidad de abonármelos.

MARIA. *(Entusiasmada, emocionada.)* ¡Huy, qué hombre!... ¡Qué bendición de hombre!... En un altar se tiene usted que ver, y yo encendiéndole la lamparilla... *(Suspirándole enamoradísima.)* ¡Ay!... ¡To me lo paga!... ¡¡Me está matando!!... *(Dando cera y cantando o iniciando el mutis por la izquierda.)* "La fortuna le acompaña."

LUIS. Mire usted, señora.

MARIA. ¡Huy, señora!... *(Sonrojada, avergonzada, babicaída.)* ¡Quite usté, ilusionista!...

LUIS. Bueno, mire: en cuanto venga su hermano, que me vea.

MARIA. Sí, señor; lo que usté quiera. ¡Ya lo creo! *(Suspirándole.)* ¡Ay!... *(Vuelve a trabajar.)* "La fortuna le acompaña..."

LUIS. (Nada, que me hace a mí gracia, porque es que le gusto.)

JUAN. No cante usted, María, que no está el horno para bollos. ¡Maldita vida!...

MARIA. ¡Ay! ¿Qué pasa, don Juan?

JUAN Que se lo cuente a usted don Luis, o el propio interesado. ¡Qué pena! Después de tantos afanes...

MARIA. *(Intrigadísima.)* ¿Pero...?

GONZA. Sí, María; sépalo usted: me echan de esta casa. Debo cinco mil pesetas, no puedo pagarlas, porque no las tengo, y me veré muy pronto en el arroyo, con mis pobres hijitas, mendigando un pedazo de pan. ¡Estoy perdido! *(Se seca las lágrimas.)*

JUAN. *(Idem.)* ¡Pobre don Gonzalo! ¡Lanzarlo a la calle!...

INES. *(Idem.)* ¡Qué dolor!

LUIS. *(Idem.)* ¡Tras una vida de incesantes trabajos!...

MARIA. *(Contagiándose y berreando más bien que llorando.)* ¡No se ponga usté así!... ¡No llore usté, don Luis, que me se parte el alma!... ¿Y a mí también me lanzan?

INES. *(Que no se puede contener.)* ¿A usted? Por el balcón para que llegue antes.

MARIA. *(Como tomando una heroica determinación, que deja a todos con la boca abierta.)* ¡No; eso, no!

TODOS. ¿Eh?

MARIA. Usté es muy bueno. Dios no le puede abandonar. No llore usted, don Gonzalo. Estoy segura que hoy mismo recibirá usté ese dinero.

TODOS. ¡María!...

JUAN. ¡Silencio! Pero ¿cómo?...

MARIA. ¿Cómo? Eso no lo sé yo. El Santo Cristo de

las enagüillas, el de la ermita de mi pueblo, no m'ha negao a mí na, y ahora mismo voy a pedírselo a una estampa que tengo pegá en mi cuarto. ¡Contra! No pué ser! ¡Digo! ¡A usté! ¡Y ahora!... *(Mirando amorosamente a Luis.)* ¡Güi, güi! Salir tos de aquí cuando yo... ¡Quiá! ¡Que no, hombre!... ¡Al instante! ¡Se lo voy a pedir de un modo...! *(Desde la puerta del foro.)* ¡No me mire usté así, don Luis, que me dan sudores! *(Vase.)*

JUAN. Ya está.

GONZA. ¿Ya está el qué?

JUAN. Que va por las pesetas. ¡Soy el tío más grande del mundo! Con la seguridad con que ha dicho "Hoy mismo recibirá usted ese dinero". Bueno; creo que no dudarán ustedes...

INES. Yo, hasta que no vea las cinco mil plumas... En fin, cuando acabe con la modista de ahí enfrente le preguntaré al droguero...

LUIS. Yo no tengo paciencia, y le voy a preguntar ahora mismo. ¿Me acompaña usted, amigo Juan?

JUAN. Con muchísimo gusto. *(Inician el mutis por la derecha Inés, Juan y Luis.)*

INES. El desengaño que se va usted a llevar, y lo que me voy a reír. ¡Doña María Fernández! ¡Qué risa! Y le advierto a usted que, por otra parte, celebraría yo que ella fuese la millonaria en cuestión, y que ese Paco Fernández fuera su administrador de verdad. Porque él está por mis hechuras, y a mí me gusta él un rato largo.

JUAN. Celitos a mí, ¿no? ¡Jajay!

INES. ¿A usted? ¡Ay, qué gracioso! Vamos, hombre. Al inventor del bacalao con tomate... ¡Nos ha fastidiao! *(Mutis.)*

JUAN. Pero oiga usted...

LUIS. Déjela, hombre, que va de uñas. *(Se van.)*

GONZA. *(Muy triste.)* ¡Ay, amiga Brígida! ¿En qué parará todo esto? ¿Acabaré viendo a mis pobres hijitas en la miseria, sin techo donde

guarecerse ni pan que llevarse a la boca? No; no tendré valor para ello: antes haré una barbaridad.

BRIGI. Vamos, don Gonzalo: espere; confíe en Dios. Usted merece todas las venturas, y estoy seguro de que muy pronto será usted feliz.

GONZA. *(Abrazándola conmovido.)* ¡Brígida!...

BRIGI. No se parece usted a esos otros hombres egoístas, interesados, miserables, que merecen un castigo y lo tendrán. ¡Lo tendrán!

GONZA. Por usted siento mi desgracia, amiga mía. Quisiera ser rico para poder asegurarle una vejez tranquila.

BRIGI. *(Casi desmayándose de gusto en sus brazos.)* ¡Gonzalo!

GONZA. ¡Es usted tan buena!... *(La acaricia dulcemente.)*

BRIGI. *(Casi sin fuerzas.)* ¡Ay!...

GONZA. En fin: voy a ver lo que hace esa mujer. No sé por qué abrigo una secreta esperanza. Si ella fuera la... Si alguien le... Si yo lograra lo... *(Haciendo mutis por el foro.)* ¡Dios me tenga de su mano! *(Vase.)*

BRIGI. *(Enamoradísima.)* ¡Es un santo! Y ese abrazo suyo me ha vuelto loca. ¡Le quiero!... ¡Le quiero!... *(Viendo a don Diego, que entra en escena por la puerta de la derecha.)* ¿Eh? ¡Don Diego!...

DIEGO. ¡Gracias a Dios que la veo!

BRIGI. *(Bajando la voz y después de cerciorarse de que nadie la escucha.)* Un ángel le ha traído a esta casa.

DIEGO. He venido porque don Gonzalo me ha mandado llamar.

BRIGI. No exageré en lo del ángel.

DIEGO. Y crea usted, señora, que venía preocupadísimo. Tantos días sin saber de usted... Desde aquel jueves que nos vimos aquí y que me citó usted para aquella misma tarde en el rosario...

BRIGI. *(Inquieta.)* Sí; no pude ir... Ya le explicaré otro día... ¿Trae usted dinero?

DIEGO. Sí...

BRIGI. Deme.

DIEGO. Sí, señora. *(Le da varios billetes.)* Ahí van veinte mil...

BRIGI. Meta cinco mil pesetas en un sobre... Tome, aquí hay... *(Le da un sobre que toma de la mesa.)*, y déselo al portero para que se lo suba a don Gonzalo cuanto antes.

DIEGO. Sin decirle...

BRIGI. Nada. Como si fuera una carta que le acaban de dar a usted...

DIEGO. Perfectamente. *(Mete el dinero en el sobre.)*

BRIGI. Voy a avisarle...

DIEGO. Pero doña María, por los clavos del Señor. ¿Cuándo van a terminar estas andanzas? Porque a mí, esta casa me da miedo.

BRIGI. Muy pronto; estoy decidida. ¡Qué hombre, don Diego!...

DIEGO. Crea que no lo digo por meterla en aprensión; pero la encuentro muy desmejorada.

BRIGI. Es que... Ya hablaremos. No hay tiempo que perder. Diré a Gonzalo que está usted aquí. Y cuidado, ¿eh?

DIEGO. ¡Por Dios, señora!... *(Vase Brígida por el foro.)* Esta señora está más loca que una espuerta de gatas en enero. Y yo, sin violar su secreto ni faltar a mi palabra, debo procurar que terminen cuanto antes sus preocupaciones. Porque es que si no se va a morir o la van a matar. *(Sentándose y escribiendo en el sobre.)* Desfiguraré un poco la letra... *(Guardando el sobre.)* La suerte que tiene don Gonzalo. Hay quien nace sin pelo, y éste es de los que nacen con pelo y con la raya hecha.

GONZA. *(Por el foro.)* ¡Amigo don Diego!

DIEGO. ¡Querido don Gonzalo!

GONZA. *(Sentándole.)* Ante todo, mil perdones por la libertad que me he tomado... Como no tuve el

gusto de encontrarle en su casa, me permití rogarle que viniera a la mía...

DIEGO. No tiene usted que darme explicaciones de ninguna clase. Yo vengo siempre a su casa con muchísimo gusto. Dígame lo que pasa.

GONZA. Pasa, don Diego, que estoy en el trance más difícil y más amargo de mi vida. Ya ve usted que se me caen las lágrimas.

DIEGO. ¡Pero, hombre!...

GONZA. ¡Qué tragedia la mía!... Usted ya sabe que el dueño de esta casa fué quien me facilitó las pesetas necesarias para montar este negocio de pupilaje...

DIEGO. ¿El dueño de esta casa? No sabía... Yo tenía entendido que el dinero se lo había regalado a usted una señora.

GONZA. *(Digno y altivo.)* ¡Don Diego..., que aunque admito huéspedes, soy un caballero!

DIEGO. No he tratado de molestarle, amigo Gran. Alguien me contó a mí que, siendo usted guarda urbano, dió muerte a un perro rabioso...

GONZA. *(Como antes.)* Don Diego: yo le he tenido siempre por una persona seria y honorable.

DIEGO. Y así soy, don Gonzalo.

GONZA. Pues me extraña que cuando ve lágrimas en mis ojos, me conteste con una chufla.

DIEGO. ¿Chufla?

GONZA. Eso del guardia y del perro parece una viñeta de Xaudaró.

DIEGO. Ese tono, amigo Gonzalo...

GONZA. Yo no he sido guardia nunca: sépalo usted.

DIEGO. Perdóneme; estaba confundido. No he dicho nada. De manera que decía usted que el dueño de esta casa le facilitó unas pesetas. .

GONZA. A un interés enorme. La última letra que le firmé vence hoy, y como no puedo pagarla y él desea que me vaya de la casa para que ocupe este piso una sobrina suya, si esta tarde no pago, habrá protesto, habrá ejecución, habrá desahucio y... ¡habrá suicidio!

DIEGO. ¡¡Gonzalo!!

GONZA. No puedo más, don Diego. Estoy cansado de luchar y de sufrir. Estoy ya harto de ser el hombre más desgraciado de la tierra.

DIEGO. ¿Usted? Pero si es usted el tío de más suerte que yo he conocido, hombre. *(Gonzalo le mira asombrado.)* Si ha nacido usted de pie y bailando. ¿Quién habla aquí de desahucios ni de tonterías, criatura? ¡Apurarse usted por cosas de dinero, teniendo en su casa las minas de California!

GONZA. ¿Eh? No me explico...

DIEGO. Ni yo puedo explicarle tampoco... ¡Ay, si yo pudiera decirle qué clase de persona tiene usted en su casa!...

GONZA. ¿Alude usted a esa María Fernández?...

DIEGO. *(Extrañadísimo.)* ¡Cómo! Pero ¿usted sabe que doña María Fernández está aquí?

GONZA. Pero ¿ésa es doña María Fernández?...

DIEGO. Sí, señor.

GONZA. Porque aquí dudamos que sea...

DIEGO. Pues no lo dude usted, amigo mío: es. Yo la conozco de sobra, y es.

GONZA. Pero ¿la auténtica, la millonaria?

DIEGO. La millonarísima. Ha venido a esta casa...

GONZA. Lo sé: a ver si encuentra un hombre bueno que le convenga.

DIEGO. ¡Música! Esas son cosas que dicen por ahí, y que tal vez haya dicho ella misma para despistar... Pero no es cierto.

GONZA. ¿No?

DIEGO. No, hombre. Ella tiene hecha ya su elección. Tiene ya escogido al suertoso con quien ha de compartir su vida y su fortuna.

GONZA. Don Luis, quizá.

DIEGO. Usted.

GONZA. *(Asombrado.)* ¿Yo?

DIEGO. Está enamorada de usted ciegamente.

GONZA. ¿De mí?

DIEGO. Desde que le vió a usted en Navarra.

GONZA. ¿A mí en Navarra? Pero si yo no he estado en Navarra nunca, don Diego.

DIEGO. ¿No?
GONZA. La única vez que he salido de Madrid fué para ir a Tarifa.
DIEGO. Entonces lo de la frontera...
GONZA. ¿Eh?
DIEGO. ¿Lo del faro...?
GONZA. Lo del faro es en Tarifa.
DIEGO. Si aludo a cuando era usted carabinero.
GONZA. *(Molestísimo.)* Hombre, don Diego, que crea usted que he sido guardia, me molesta; pero que crea usted que he sido carabinero, no se lo aguanto.
DIEGO. *(Perplejo.)* ¡Caramba! Pero ¿entonces?
GONZA. ¿Eh?
DIEGO. Dígame: ¿tampoco es usted uno que lloraba una mañana en la iglesia de San Ginés?...
GONZA. Eso sí, señor, y no me avergüenza el confesarlo. Allí oigo misa todos los días, y allí doy rienda suelta a mis lágrimas cuando, como hoy, se apodera de mí la desesperación.
DIEGO. Pues ella, sin duda, se ha confundido, y cree que usted ha sido guardia y carabinero... De todos modos, ella le adora y será usted feliz, amigo Gonzalo. ¡Qué suerte la de usted!
GONZA. Creería en mi suerte, don Diego, si usted, compadecido de mí, me prestara esas cinco mil pesetas...
DIEGO. ¿Yo? ¡Vamos, hombre! Y estando aquí ella... ¿Sabe ella el apuro en que usted se encuentra?...
GONZA. En su presencia acabo de hablar del asunto. .
DIEGO. Entonces esté usted tranquilo, hombre de Dios. Antes de diez minutos tiene usted esa suma en su poder. Cuando menos lo espere sube el portero con un sobre cerrado que alguien ha dejado en la portería sin darle importancia; usted lo abre despectivamente, creyendo que es un anuncio o una circular, y... ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Cinco billetes!... ¡Salvado!... ¡Ah! Es usted el hombre de la suerte, amigo Gran...

GONZA. Bien; pero...
DIEGO. ¡Ah! Y yo no he dicho esta boca es mía. A mí no hay que meterme...
GONZA. Bueno; pero oiga usted...
DIEGO. Hasta nueva vista, y enhorabuena...
GONZA. Pero es que ahora...
DIEGO. Ahora a esperar las cinco mil pesetas. ¡El sobre! ¡Ah! ¡Oh!... ¡Salvado!... ¡Abur!... *(Vase por la derecha.)*
GONZA. *(Haciendo mutis tras él.)* Pero oiga usted, que yo no... Don Diego, por su madre de usted, que a mí no... *(Vase.)*
MARIA. *(Entrando en escena por el foro.)* Anda, pero si está aquí... *(Coge el aparato de limpieza o los zorros, que dejó antes en escena.)* Ya podía yo buscarlo por toa la casa... *(Se sienta.)* Cansá que estoy. Y es la cosa que no hace una na y se cansa una. Del interior es este cansancio. Ese hombre que me tiene a mí sofocá. ¡Don Luis de mi alma! ¡Ay, me llegó a mí mi hora!...
GONZA. *(Entrando en escena.)* (¡Ella!... ¿Será verdad?... Le hablaré con cualquier achaque...)
MARIA. *(Advirtiendo la presencia de Gonzalo.)* Se trajina, ¿eh?...
GONZA. Sí...
MARIA. ¡Qué hombre más majico es usted! A toas horas lo pongo yo a usté de ejemplo.
GONZA. Favor que usted me hace... *(Algo azorado, pinta con el dedo en la mesa.)*
MARIA. *(Acudiendo.)* ¿Es que tiene polvo? Aguarde usted... *(Limpia la mesa con la mano.)* Pardón...
GONZA. *(Estremeciéndose y sonriente.)* Con la mano, no, que me da mucha dentera.
MARIA. Pues así... *(Limpia el polvo con la manga.)* Si con buena voluntá se arregla to en este mundo.
GONZA. ¡Ay, si eso fuera cierto!...
MARIA. Usté, como está hoy con el reconcomio de esas pesetas que no puede pagar, no parece

usté el mismo de siempre. Pero no se apure, hombre; yo se lo he pedido a Nuestro Padre Jesús, y esas pesetas vienen ya volando para esta casa.

GONZA. *(Conmovido, cogiéndole una mano y besándosela.)* ¡María!...

MARIA. *(Extrañada.)* ¡Caray!...

GONZA. Si eso fuera verdad yo sería esclavo de quien así me favoreciera.

MARIA. Lo será. Por lo bueno que es usté, merece usté un premio, y Dios se lo concederá.

GONZA. Crea usted que si lo merezco por algo, es por lo feliz que hice a mi pobre mujer, que esté en gloria. Jamás le falté. Fuí un esclavo suyo. Porque yo creo que el hombre que tiene la fortuna de encontrar a una mujer que se prenda de él, debe convertirse en su esclavo.

MARIA. *(Suspirando.)* ¡Ay, don Gonzalo!...

GONZA. *(Idem.)* ¡Ay!... *(Pausa.)* ¡Qué espantosa es la viudez, María! Sobre todo, para los hombres jóvenes... Porque yo soy joven, si no por la edad, por lo bien conservado que estoy. Yo puedo hacer aún feliz a una mujer, como usted puede también hacer feliz a un hombre.

MARIA. *(Suspirando como antes.)* ¡Ay, don Gonzalo de mi alma!

GONZA. (¡Caracoles!...)

MARIA. *(Suspirando de nuevo.)* ¡Ay!...

GONZA. *(Avergonzado, nervioso, sin atreverse a mirarla.)* Y hará usted feliz a ese hombre, María: sí, lo sé.

MARIA. *(Avergonzada también.)* (Alude a mi don Luis.)

GONZA. Alguien me ha hablado y me ha dicho...

MARIA. ¿Eh?... ¿Le ha dicho a usted...?

GONZA. Sí; hace un instante; aquí mismo...

MARIA. Pero ¿él?...

GONZA. ¿A qué mentir ni a qué andar con rodeos, María? No tenemos ya edad de eso...

MARIA. Pos es verdad, don Gonzalo: sí, le quiero..., ¡¡le quiero!!

GONZA. *(Pudoroso, bajando los ojos.)* ¡¡María!!...
MARIA. ¡Le quiero que muerdo! ¡¡Huy, mi vida y mi sangre!!...
GONZA. *(Avergonzadísimo.)* ¡Calle, por Dios, calle! Crea que el rubor sube a mi cara oyéndola expresarse en esos términos.
MARIA. Yo, queriendo, soy asina: una hoguera. No sé lo que me ha dao a beber...
GONZA. Nada, María. Es Dios quien traza el camino que ha de seguir cada criatura.
MARIA. ¡Ah!... ¡Le quiero, le quiero, don Gonzalo!...
GONZA. *(Secándose las lágrimas.)* ¡Basta! María, yo se lo ruego.
MARIA. ¿Eh? ¿Está usté llorando?
GONZA. Sí; esto le indicará a usted cómo soy. Me acuerdo de mi pobrecita difunta... Respete ahora mi dolor, María.
MARIA. Pero...
GONZA. No creí que nunca volvería a... Y al ver ahora que... ¡Gracias, María!... ¡Muchas gracias!... Luego hablaremos extensamente, pero ahora respete mi dolor, respete mi dolor... *(Vase por el foro.)*
MARIA. *(Viéndole ir.)* Es un santo. Después de mi don Luis de mi alma, es el hombre más bueno de la tierra.
PACO. *(Entrando en escena por la derecha.)* A las buenas tardes.
MARIA. Hola, hombre. Pensé que no ibas a venir hoy, que me hacías más falta.
PACO. Más falta m'hacía a mí, que traigo un hambre que no distingo a un guardia de una persona. ¿Qué hay de comer?
MARIA. Hay cocletas.
PACO. Pos ya s'han acabao las que haiga, y un tren que hubiera.
MARIA. Espérate, hombre. ¿De dónde vienes?
PACO. Del callejeo cuontidiano, que cada día me gusta más este Madrid. Y que ahora con el coche estoy hecho un duque. Cuando me canso de una esquina, me pongo en otra, y... ¡vaya

vidita que nos estamos dando el caballo y yo! Lo gordos y lucíos que nos vamos a poné.

MARIA. Pero ¿no se te sube nadie al coche?

PACO. ¡Contra! ¡Y alguien que se atreva! ¿Pa qué estoy yo montao en el pescante, sino pa vigilá que nadie se cuele dentro? ¡Y que no se distingue bien ni na to lo que pasa desde lo alto! Es un balcón que anda. *(La empuja.)* ¡Anda!...

MARIA. Es que quería decirte una cosa.

PACO. En la cocina. Echa p'alante.

MARIA. Es que m'han mandao que cuanti vengas que avise.

PACO. ¿Doña Inés, quizá? No; si me mira a mí esa mujé mu comprometeora. Si estoy por decir que le he gustao. Como cuando me topo con ella le arreo ca suspiro que la atonto, pué que se haiga dao cuenta...

MARIA. Por un suspiro nadie se entera de na, hombre.

PACO. Es que yo le hago así. *(Berreando.)* ¡Guagbrr!

MARIA. Pues no es ella la que quiere verte, sino don Luis.

PACO. ¿Qué pasa?

MARIA. *(Ruborosa.)* Me da vergüenza decírtelo, pero me parece que te va a pedir mi mano.

PACO. ¡Mi madre!

MARIA. Que s'ha enamorado de mí, Paco.

PACO. ¡Qué bruto! *(Subiéndose la faja.)* ¡Contra! ¡Y con los dineros que tiene! No; si me lo debí calcular.

MARIA. ¿Tú?

PACO. A ver si no es pa sospechar eso de que haiga empezao poniéndome a mí coche.

MARIA. Oye, pues es verdad.

PACO. Por cierto que me tiene que da ocho pesetas de dos sombreros que s'ha comio el caballo esta mañana en la calle de Preciados. ¡Qué plante me hizo! Aquí están las cintas. *(Saca dos cintas de sombrero.)* Las badanas no las

traigo, porque ahora ha dado en comérselas también.

MARIA. El te dará lo que le pidas, porque está de una colaura...

PACO. *(Dándole un manotón cariñoso.)* ¡Marihuela!

MARIA. *(Correspondiendo con otro.)* ¡Pacorrete!...

PACO. *(Figurándosela de señora.)* ¡Mía que tú...! ¡Ja..., ja!...

MARIA. *(Viéndose vestida de seda.)* ¡Mía que yo! Demandan si vu ple güi, güi. ¡Ja..., ja!...

PACO. *(En una transición, escupiéndose en la mano y amenazándola con el látigo.)* Bueno; como lo dejes secapar, es que te desbarato. Hala, vamos pa las cocletas, y cuéntame toas las cosas mientras me las zampo. *(Inicia el mutis.)*

MARIA. ¡Zampo, zampo! ¡Qué bruto eres! Dí engullo, que es más fino.

PACO. Que diga engullo, que diga zampo, que diga lo que diga, me las voy a còmé...

MARIA. ¡Mía que eres bruto!

PACO. ¡Semos, Maricuela!

MARIA. ¡Pacorrote! *(Se van por el foro, cantando* "Agua que no has de beber". *Tras una breve pausa, entran en escena, por la derecha, Luis y Juan. Luis viene excitadísimo y como para que le pidan la pulga.)*

JUAN. *(Calmándole.)* Vamos, don Luis, prudencia, recapacite, piénselo bien.

LUIS. Pero ¿es que no ha oído usted como yo lo que nos ha dicho el droguero? Caramba, pues no ha podido ser más explícito.

JUAN. Sí, sí; pero...

LUIS. Esa María Fernández es de Aldehuela de Cuèllar, y es una mula, burra, bestia, enredaestropajos, que nos la está dando con queso desde que puso aquí los pies.

JUAN. Pero ¿y los mil detalles?...

LUIS. Que me deje usted de músicas, hombre. ¡Que me juego mi dinero! ¡Que llevo ya gastado no sé cuánto! ¡Que esto es una estafa! ¡Ladrona! ¡La pelo!

JUAN. Amigo don Luis, que la mula que ha servido en la droguería no es ésta. Y si no, al tiempo.

LUIS. ¿Al tiempo? ¡Ay, qué rico! ¡Ahora mismo! *(Gritando con furia.)* ¡¡María!!...

JUAN. ¿Qué va usted a hacer?

LUIS. ¡Desenmascararla! Y lo que siento es que me gusta, maldita sea su cara; pero no, ¡caray, no! He venido yo a Madrid a hacer una buena boda, y este inri, no. ¡¡María!!...

JUAN. ¡Pobre señora!...

LUIS. ¡Vaya usted a freír higos chumbos, hombre! ¡¡María!!

GONZA. *(Entrando por el foro.)* ¿Qué pasa? ¿Qué voces son ésas?...

LUIS. *(Frenético.)* Que sí, don Gonzalo; que nos han engañado; que esa mujer es una burra; que hemos hecho el canelo, y que yo, para ser un chino de verdad no necesito más que dos boquillas y tres collares.

GONZA. *(Sonriendo.)* ¡Quiá!

LUIS. ¿Cómo que no?

GONZA. Como que no. ¿Qué me va usted a decir a mí? *(Muy en secreto.)* Acabo de descubrirlo todo. ¡Cincuenta millones de pesetas!

JUAN. ¡Claro! Como que soy el tío más listo del mundo. ¡Millonaria!

GONZA. ¡Millonarísima!

LUIS. ¡Pruebas!

GONZA. Las que usted quiera.

LUIS. ¿Le ha dado el dinero que le hace falta?

GONZA. Me lo dará; ¿no ve usted que está aquí... por mí?

LUIS. ¿Eh?...

GONZA. Uno, aunque modestamente...

LUIS. Mire usted: todo esto es un complot de ustedes contra mis pesetas, ¡y a mí no me complotea nadie! *(Llamando.)* ¡¡María!! ¡A ver esa bestia!... ¡María!...

MARIA. *(Entrando en escena. Trae de la mano a Paco, que tiene una croqueta en la boca y otra en la mano.)* ¿Es a mí? Sal, Paco.

PACO. *(Con la boca llena.)* Presente.
MARIA. *(A Luis.)* Aquí lo tiene usté; ¿no quería usté verlo?
LUIS. A él y a usted. Vamos a cuentas.
MARIA. *(A Paco.)* Saluda, hombre; dí algo.
PACO. *(Acabando de tragar la croqueta.)* Espera, que sí tengo yo algo que decir. *(Dándole la otra croqueta a Luis.)* Tenga usté ahí, amigo.
LUIS. ¿Eh?
PACO. *(Después de limpiarse en los pantalones la grasa de las manos, y sacando de un bolsillo un sobre.)* Con permiso. Oiga usté, don Gonzalo: al subir m'han dao en la portería esto para usté. *(Le dan el sobre; a Luis, cogiéndole la croqueta.)* Traiga usté. *(Llevándosela a la boca.)* Usté dirá.
LUIS. Pues mire usted, amigo: lo que yo voy a decirle es algo muy serio; ponga usted trágico, y se queda corto. Eso es. Porque yo, que soy un hombre formal y un caballero..., ¡¡un caballero!!
GONZA. *(Que ha abierto el sobre y, demudado y tembloroso, contempla los cinco billetes de mil pesetas.)* ¿Eh?... ¡¡Dios mío!!... ¡Cinco mil pesetas!...
LUIS. ¡Caray!...
JUAN. *(A Luis.)* ¿Está usted viendo?...
GONZA. ¡¡Mi salvación!!
MARIA. ¿No se lo dije yo a usté? Si mi Cristo no falla.
GONZA. *(Cogiéndole rápidamente una mano y besándosela.)* ¡Señora!...
MARIA. *(Asustada, dando un grito.)* ¡Ay!
PACO. *(Al oír el grito.)* ¿Eh?...
LUIS. *(Idem.)* ¡¡Gonzalo!! ¡Es la mi dama!
MARIA. *(Contemplándole embobada.)* ¡Si no m'ha hecho na!... ¡Que como yo le recé al Cristo!... No se sofoque usté, don Luis.
PACO. *(A Luis.)* Bueno, y usté dirá, amigo.
LUIS. Eso, amigo, amicísimo, fraternalísimo, efusivísimo, camaradísimo... Pero ¿estaba usted comiendo?

PACO. Cocleta, sí, señor.

JUAN. *(Por Paco.)* (¡Es Borrás!)

LUIS. Hombre, cuánto siento que haya usted interrumpido su yantar para acudir a mi ruego...

MARIA. *(A Paco.)* ¿Estás oyendo? Es yantar.

LUIS. Vaya, no lo permito. Tiempo habrá para hablar de todo. Le suplico continúe merendando.

PACO. No, si ya no hay más.

LUIS. No importa. ¡No tuviera más que ver! *(Llamando.)* ¡Brígida, Brígida!... Que le abran una latita de sardinas y una botellita de Fino Jardín... ¡¡Brígida!!...

JUAN. *(Llamando.)* ¡¡Brígida!!...

PACO. Una lata de sardinas me la yanto yo en menos de na.

BRIGI. *(Entrando en escena.)* ¿Llamaban?

LUIS. Sí; al señor, una lata de sardinas noruegas y una botella de Fino Jardín.

PACO. Pero que ya. Al yanto me voy. *(Mutis por el foro.)*

JUAN. *(Aparte, a Luis, al mismo tiempo que le abraza efusivamente.)* ¡Enhorabuena!

LUIS. *(Idem.)* Gracias.

JUAN. Aproveche...

LUIS. Ahora mismo.

JUAN. ¿Viene usted, Gonzalo?

GONZA. Sí... *(Vase Juan por el foro haciendo a María una gran reverencia.)*

BRIGI. *(Que habla con Gonzalo.)* De manera que está usted salvado.

GONZA. Sí, Brígida, sí. ¡Qué contento estoy!

BRIGI. ¿Y no sabe usted quién le envía ese dinero?...

GONZA. *(Misteriosamente.)* Esa locatis de María Fernández.

BRIGI. ¿Eh?

GONZA. Guárdeme usted el secreto, pero es que está por mí que pega gritos. *(Se van por el foro, haciendo a María una gran reverencia.)*

MARIA. Caray, qué chuscos. Bueno, pues... *(Hace una gran reverencia a Luis, e inicia el mutis por el foro.)*

LUIS. María..., un instante.
MARIA. *(Deteniéndose.)* ¿Eh?
LUIS. Una palabra.
MARIA. Sí, señor.
LUIS. Nadie nos oye, ¿verdad?
MARIA. *(Preocupada y después de mirar por el foro.)* No, señor; nadie.
LUIS. Celébrolo, porque estos momentos de emoción semisublimes para los pechos que aman, resultan..., ¿diré ridículos? Sí, lo diré; resultan ridículos para los meros espectadores que carecen de gigantes de corazón.
MARIA. *(Que le escucha con la boca abiertu.)* ¡Ay, don Luis!... Pero ¿es que...?
LUIS. *(Adoptando una postura donjuanesca.)* ¡María!...
MARIA. (¡Huy, qué postura de hombre!...)
LUIS. Suplícola que se siente y me escuche.
MARIA. ¿Que me siente? ¡Ay, don Luis!...
LUIS. *(Sentándola cariñosamente.)* Y que me escuche, sí, se lo ruego... Ruégoselo.
MARIA. *(Nerviosísima.)* ¡Me se declara! ¡Me se declara!
LUIS. María...
MARIA. *(Muy panolimente.)* ¡Don Luis!...
LUIS. Si fuera usted una mujer rica y alcurniosa; si pudiera usted aspirar por laranciedad de su estirpe o por la pingüez de su fortuna a la mano de un prócer, yo, aun siéndolo como el primero, porque mi procerato es más antiguo que el latín, ahogaría en el fondo de mi alma este anhelo que me arrastra hacia usted.
MARIA. *(Encantada.)* ¡Qué pico!
LUIS. Dejémonos ahora de picos, María.
MARIA. *(Panolimente, como antes.)* Sí.
LUIS. Pero usted es pobre, muy pobre.
MARIA. Como las ratas.
LUIS. Humilde, muy humilde.
MARIA. Sí, señor.
LUIS. No es usted nadie.
MARIA. Nadie.

LUIS. En la lotería de la vida, y después de efectuado el sorteo, es usted un número no premiado, que permanece olvidado y triste, como otros tantos, en el fondo del bombo común.

MARIA. Sí, señor; eso debe ser.

LUIS. Pero yo, que no me vendo y sí me regalo; yo, que poseo una fortuna casi cuantiosa, vengo a decirle: María, pobre y humilde María... María, hija seguramente de un jornalero, yo quiero holocaustarle mi vida; mi fortuna está a sus pies; mi corazón está a sus pies; mi mano está a sus pies.

MARIA. Cuidao con las manos, don Luis...

LUIS. Es una metáfora.

MARIA. Pos peor que peor, que yo sé muy bien cómo son los hombres.

LUIS. Me desconcierta usted, María. Le hablo con el corazón en la mano, procurando aguirnaldar mi lenguaje y adornar mis palabras con banderas, flámulas y gallardetes, y esto, que en cualquier Ateneo hubiera sido una flor natural, sólo merece de usted un calembur.

MARIA. *(Que no comprende.)* ¿Eh?

LUIS. ¡¡María!!...

MARIA. Bueno. Pero ¿lo que usted quiere decirme es que me quiere?

LUIS. Que la quiero, sí.

MARIA. ¡Ay!, no me engañe usté, don Luis de mi alma, que si me engaña usté espicho de un histérico.

LUIS. ¡¡María!! *(Amorosísimo. Medio abrazándola.)* ¿Tú me quieres?

MARIA. Te quiero que me dan calambres.

LUIS. ¡Oh, Marí!

MARIA. Y no creas que te quiero por el dinero que tengas; que eso, por muchísimo que sea, no es na pa mí.

LUIS. Lo creo.

MARIA. Te quiero porque, como dice la copla, me sale de los redaños del corazón.

LUIS. ¿De coplas me hablas, Maricuela?

MARIA. *(Borricamente mimosa.)* ¡Huy, Maricuela!...
LUIS. *(Madrigalesco.)* Cómo te diré, ¡ay de mí!

Maricucha, Maricuela,
Mari, Mery y ¡oh, Marí!

MARIA. Lo que sabes, ladrón. ¡Me matas!
LUIS. Te voy a leer un verso que te hice anoche. Lo tengo aún sin acabar y en borrador. *(Saca un papel y lee.)* Tomás, cómprate un Nash... Nos, digo no. Está aquí en el respaldo... *(Vuelve el papel y lee.)* María del alma mía...
MARIA. *(Estremeciéndose y dándole unos codazos terribles.)* ¡Anda!... ¡Asesino!...
LUIS. *(Recitándole al oído, a media voz y muy pronunciadas las d.)*

María del alma mía,
Sublime mujer alad-da,
delicad-da y recatad-da
como la flor de la umbría,
nacarad-da y perfumad-da...
María, sin par María.
Cofre-fort de orfebrería,
mujer por mí venerad-da,
adorad-da, idolatrad-da
más que nad-da, cad-da día.

MARIA. *(Como loca.)* ¡Sudores m'han entrao! Cópieme eso, don Luis de mi alma, que me tenías muerta y m'acabas de enterrar.
LUIS. *(Tomándola de la cintura y dirigiéndose con ella hacia el foro, al mismo tiempo que entra en escena, por la derecha, Inés.)* Te los copiaré, te los puliré y te los terminaré.
MARIA. ¡¡Don Luis de mis venas!!
LUIS. ¡Esposa mía, futura reina de Cuenca!...
MARIA. ¡Don Luis, repíteme eso del cofre, por tu madre!
LUIS. María, sin par María.
Cofre-fort de orfebrería,

mujer por mí venerad-da,
adorad-da, idolatrad-da
más que nad-da cad-da día.

(Mutis.)

INES. ¡Malhaya sea mi vida! Bueno, a esa tía, sea quien sea, la despeino yo.

MARIA. *(Que vuelve por donde se fué, limpiándose un beso.)* No; eso, no.

INES. *(A María.)* Ni ése tiene vergüenza, ni usted tiene vergüenza.

MARIA. ¿Eh?

INES. Ni tienen vergüenza ninguno de los huéspedes de esta casa, empezando por mí.

MARIA. *(Entre sorprendida y bobalicona.)* Sí, señora.

INES. Y vamos a poner las cartitas boca arriba, porque a mí me gusta jugar limpio.

MARIA. *(Como antes.)* Sí, señora.

INES. *(Molestísima por las bobadas de María.)* ¡Señora! ¿Quiere usted no dárselas de panoli?

MARIA. *(Como antes.)* Sí, señora.

INES. ¡Ay, su madre! Bueno. Ahora mismo va usted a decir quién es.

MARIA. ¿Yo? *(Como antes.)* Yo.

INES. ¡Mentira! ¡Usted no es usted!

MARIA. *(Bobísima.)* ¡Ay, qué tía!

INES. Usted es una paleta cerril, atropellaplatos y desfleca-alpargatas.

MARIA. Sí, señora.

INES. Claro que sí. Pero como él se ha creído que tiene usted dinerito rico, anda a ver si la pesca a usted, y ojalá cargue con usted, que en el pecado lleva la penitencia, porque con lo fea que es usted y lo bestia que es usted...

MARIA. ¿Yo?

INES. Y lo burra que es usted. *(A un ademán ofensivo de María.)* ¿Qué hay?

MARIA. Haberá.

INES. Pues vamos a verlo. Porque toas estas indirectas son por si es usted lo que yo creo que es usted: una cualquiera; pero si es usted lo

que esta gente se figura... ¡Ay, qué rica! Entonces lo que es usted es una tía ridícula chalá, y a usted, con todo su abolengo, me la salto yo, porque sepa usted que yo quiero a ese hombre.

MARIA. ¡Contra!

INES. ¡Ay, qué chula!

MARIA. ¡Redieie! Pero ¿qué dice esta jamona en vinagre?

INES. Que si eso que dicen es verdad, está usted haciendo el chino perluno en esta casa. Porque ya se sabe que es usted María Fernández.

MARIA. Claro.

INES. Doña María Fernández.

MARIA. Bueno.

INES. Y el día que salga usted por ahí en su automóvil, se van a reír de usted hasta los guardias de la porra.

MARIA. ¿En mi automóvil? *(Riendo brutalmente.)* ¡Ay, qué tía más graciosa, maldito sea su padre!

INES. ¿Eh?

MARIA. Pero ¿de dónde ha sacao usté que yo tengo dineros y automóvil, so tía borracha? En Aldehuela de Cuéllar, tierras de Segovia, me echaron a mí el agua, y mi padre fué el tío Merlo y mi madre la tía Clueca, y pregunte usté allí por Marihuela, que soy yo, pobre y honrá, sin pringue en la cara, ni potingue en los labios, ni hollín en los ojos, ni pasta en las uñas.

INES. Es decir, que estaba yo en la fija; que es usté una paleta repaleta.

MARIA. Pero con un corazón como un camión de grande, pa defendé a bocaos a ese hombre que me tiene loca. *(Berreando, más que suspirando.)* ¡Aaay!

INES. *(Furiosa.)* Pues yo, con pringue, potingue, hollín y pasta, con su pelo de usted me voy a hacer un cojín.

MARIA. ¡Jay, y yo con el de usté, un cepillo! *(Se acometen.)*

BRIGI. *(Entrando en escena por el foro, precipitadamente, seguida de Paco.)* ¡María!
PACO. ¡Hermana! *(Las separan.)*
BRIGI. ¡Pero criatura!
PACO. Vamos, doña Inesita.
MARIA. ¡Pues hombre!
INES. ¡Hay más días que longaniza! *(A María, despectivamente.)* ¡Puag!
MARIA. *(Idem a Inés.)* ¡Puag!
INES. *(Haciendo mutis por el foro.)* ¡La tía guarra!... *(Vase.)*
MARIA. *(Intentando seguirla.)* ¡Maldita sea!
PACO. ¡Quieta!
MARIA. Pero si es que...
PACO. Quieta te digo: que aquí acaba de revelarme una cosa que es el toque de to.
MARIA. ¿Eh?
PACO. ¿No t'acuerdas tú de lo que yo te conté días pasaos de aquélla tía loca... *(A Brígida.)*, con perdón..., podría de millones, que decía que s'había puesto a servir pa camelar a un gachó? Pues aquí se cree todo el mundo que esa tía loca... *(Como antes.)*, con perdón, eres tú.
MARIA. ¡Ay, la madre de tos ellos!
PACO. Y el don Luis ése, que mala puñalá le den...
MARIA. ¡Paco!
PACO. Cree que tú tienes harina y por eso t'hace la rosca.
MARIA. ¿Cómo que m'hace la rosca? Que me s'ha declarao, y yo le he dicho que sí, porque le quiero, que me muero por él, Paco. Me he colao con él de una forma, que ese hombre es pa mí o yo tomo fósforos, y me encierro en mi cuarto con un brasero de picón, y m'hago cisco.
PACO. ¡María!
MARIA. Sí, me mato por él, Paco; me mato por él.
PACO. To menos eso, María, que te queda a ti en el mundo un hermano por quien tienes que velá.
MARIA. Bueno, ¿pero quién te ha contao a ti ese infundio de que creen que yo...?

PACO. Aquí, la señora, que es la tía loca de referencia... *(A Brígida.)* Con perdón.

MARIA. ¿Eh?

PACO. Aquí la señora, que es esa millonaria, está en la casa de criá, cumpliendo una promesa que hizo estando a la muerte, y como se llama también María Fernández ha habido ese "quir pro lo quoque".

MARIA. *(Haciéndose cargo de su situación.)* ¡Ay!... ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Padre mío! ¡Jesús de la Ermita!

BRIGI. ¿Eh?

PACO. ¡Hermana!

MARIA. *(Como loca.)* ¡Ay, que se me va!... ¡Ay, que lo pierdo!... ¡Ay, mi don Luis de mi alma!...

BRIGI. No llore: todo se arreglará.

MARIA. ¿Eh?

BRIGI. Como aún no he terminado mi promesa y necesito continuar aquí unos días más, y como creo además convenientísimo dar una lección a esta gente egoísta e interesada, diga usted que, efectivamente, es doña María Fernández.

MARIA. ¿Que yo diga?... Vamos, señora, ¿pero cómo van a creer...?

PACO. Dice bien mi hermana. Mientras aquí haigan creído que se presentaba algo abrutá y que hablaba a lo llano pa fingir que era lo que no era, alguien habrá podido creer que ella era usté; pero ¿cómo va a convencer ella de que es usté, cuando diga que es usté y no es ella y la vean a ella como es ella, que ya ve usté que no es usté, porque hay que ver como es ella?

MARIA. Oye tu, que t'arreo un guantazo; que yo seré como sea, pero a mí no me hace nadie de menos.

PACO. Pero criatura...

BRIGI. Mire usted, Paco, hay un elemento que convencerá plenamente a todo el mundo: el dinero. Como ellos no me conocen a mí y no saben si soy fina o basta, si soy como soy o

si soy como es ella, en cuanto ella diga que soy yo y empiece a tirar el dinero a manos llenas, ¿cómo va a dudar nadie de que ella es doña María Fernández?

PACO. Eso es verdad.

BRIGI. Ea, pues aquí tiene usted once mil pesetas. *(Le da a María un puñado de billetes.)*

PACO. ¡Retroncho!...

MARIA. *(Boquiabierta.)* ¡Mi madre! *(Se los guarda en el pecho.)*

BRIGI. *(A Paco.)* Tome usted también. Usted, como administrador de la señora... *(Le da un puñado de billetes.)* tiene usted que tener siempre mucho dinero a su disposición.

PACO. ¡Olé!

MARIA. Entonces quiere decir que yo...

BRIGI. Usted es doña María Fernández, que, en efecto, ha venido a esta casa buscando un hombre que le conviniera para unir a él su vida, y como lo ha encontrado, descubre a todos su verdadera posición, socorre a todos, rodea a todos de comodidades, arregla los papeles y se casa con el elegido de su corazón.

MARIA. ¡Doña María de mi alma! *(Dándole dos sonoros y abrutadísimos besos.)* ¡Uan... uan...! ¡Ya es mío! ¡Me caso! *(Otros dos besos como los de antes.)* ¡Uan... uan...!

BRIGI. ¡Por Dios!...

MARIA. ¡Mi don Luis de mi alma!...

BRIGI. El amor aguza la inteligencia.

MARIA. Sí, señora.

BRIGI. Procure afinarse lo más posible...

MARIA. Sí, señora.

PACO. Y si metes la pata, ya sabes, tiras de billete y a convidá. Como dice aquí muy bien, el dinero es lo que ha de convencer a to el mundo: Cuando yo te diga: "La has metío", convida. ¡Huy! Arrodillá a mis pies en un cojín de seda y amarrándome las alpargatas, voy yo a ver a la manicura. ¡Huy!...

BRIGI. Cuidado con ésa, que es la más incrédula de todos.

PACO. Por mí no ha de quedar; en estos días que llevo en Madrid he observao cómo andan y cómo se presentan los ricos, y sé lo mío. *(Se oye a Luis dentro.)*

MARIA. ¡Ay! ¡El! ¡Mi don Luis!...

BRIGI, Para no tener que andar con rodeos, simule que me hace un favor y que me da unos billetes...

MARIA. *(Panolimente.)* ¿De cuáles?... ¿De estos azules?...

PACO. *(Al ver a Luis en la puerta del foro.)* ¡Cállate!...

LUIS. *(Entrando en escena.)* Maricuelilla... ¡Ay! Perdone. No sabía...

MARIA. *(Sacándose zafiamente unos billetes del pecho.)* Estaba aquí con Brígida, que la pobre...

BRIGI. *(Simulando limpiarse una lágrima.)* Sí, como yo sé...

MARIA. Pero, nada. Yo ya... Porque yo... Pero ya... Tome ya. *(Le da unos billetes.)*

LUIS. ¿Eh?...

BRIGI. *(Besando una mano a María.)* ¡Señora!...

PACO. *(Acercándose a Luis, andando a lo pollo pera.)* Le suplico, amigo don Luis, que no diga lo que ha visto...

INES. *(Muy sulfurada, entrando en escena por el foro con Juan y Gonzalo.)* Que no, hombre. Aunque las cinco mil pesetas las haya traído él, ella no es ella.

JUAN. Pero no sea usted cerrojo, Inesita.

GONZA. *(Al ver la actitud llorosa de Brígida.)* ¿Eh? ¿Qué es eso, Brígida?

BRIGI. *(Por María.)* Esta bendita mujer... Le conté el apuro en que se encuentra un sobrino mío y... *(Enseña los billetes que le dió María, en medio del asombro de todos.)*

INES. ¿Pero...?

MARIA. Sí, a qué andar con más mentiras. Diré la verdad. Puesto que ya he conseguido lo que que-

ría y he encontrado al palomo ladrón que m'ha trastornao el sentido...

GONZA. *(Bajando los ojos.)* ¡Qué vergüenza!

MARIA. Diré a todos ustedes que yo no soy una criada, sino una señora muy señora, podría de millones, y que tengo billetes pa enterrar a tos ustedes, sin dejarles afuera ni un deíto.

PACO. *(A María.)* La has metío.

MARIA. ¡Ea! Y aquí hay tela. *(Saca unos cuantos billetes.)* Ya me he cansao yo de hacer la palurda. Que "vaigan" a los Burgaleses por comida pa tos. *(Tirando los billetes por el aire.)* ¡Ahí van!... ¡Pa el que los coja!... *(Inés, Gonzalo y Juan se arrojan sobre ellos y los recogen.)*

LUIS. ¿Eh?... ¡Cómo!... ¿Pero tú?... ¡Usted!... ¡Ah! No. ¡Una millonaria! Podría creer la gente que yo me vendía y... ¡no!

MARIA. *(Aterrada.)* ¿Eh? ¿Que no?... ¡Ay!

PACO. ¡Basta! Usté es un caballero, don Luis, y nadie va a suponer...

LUIS. En ese caso... ¡María!...

MARIA. ¡Don Luis de mi alma!...

GONZA. ¡Caray! ¿Pero era él, o es que sigue fingiendo?...

INES. *(Saltando.)* ¡Sinvergüenza!

TODOS. ¿Eh?

INES. *(A María.)* Sepa usted, señora, que ese tío fresco sabía que era usted doña María Fernández y que la quiere a usted por su dinero. Que lo digan todos.

JUAN. ¡Falso!

MARIA. Aunque así fuera. ¡Lo quiero! ¡M'ha cegao!...

LUIS. ¡Maricuelaina!

MARIA. Este hombre es pa mí, y quien me lo dispute le arranco yo los ojos. *(Desafiando.)* ¡A ver! ¡Quién!...

PACO. *(A María.)* La has metío.

MARIA. *(Sacando nuevos billetes.)* Que traigan dulces pa tos y comodidades. ¡Vengan mecedoras!...

LUIS. *(Que le ha puesto el pie encima a un billete*

para que no se lo quiten.) ¡Maricuelucha! *(Gonzalo intenta varias veces coger el billete, impidiéndoselo siempre Luis.)*

JUAN. ¡Vivan los novios!...

INES. (¡Maldita sea!...)

PACO. *(Quitándose una colilla de la oreja. A Juan.)* No apague, haga el favor. *(Toma un billete de cien pesetas y lo hace arder en la cerilla de Juan.)*

BRIGI. ¡Pero hombre!

PACO. Yo soy así.

BRIGI. ¡Qué barbaridad!

PACO. Y si el caballo me se para delante de una sombrerería, se come esta tarde el mejor jipi que haiga.

MARIA. ¡Mia que quemar veinte duros! Se queman mil pesetas, so tonto.

BRIGI. ¡Señora, está usted loca!

MARIA. Todas las mañanas quemo yo uno pa encender la lumbre.

LUIS. *(Despreciando el billete que tenia aprisionado con el pie y diciéndole a Gonzalo:)* Para usted. *(Cayendo a los pies de Maria.)* ¡Te adoro, María!... ¡¡Mujer alad-da, delicad-da y recatad-da, etcétera, etcétera!!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día.

(Al levantarse el telón está en escena Juan, paseándose nerviosísimo y hablando solo. A poco entra Gonzalo, se le queda mirando y por fin decide hablarle.)

JUAN. ¡Las diez de últimas! ¿Qué quiere decir que he hecho las diez de últimas? ¡Pues las diez de últimas, señor! *(Pausa. Pasea.)* ¡Y es que soy

un imbécil... *(Pausa. Pasea.)* ¡El imbécil más grande del mundo!

GONZA. ¿Se soliloquea, eh?

JUAN. Suplico a usted que me deje con mis negros pensamientos. *(Sentándose, pensativo, abrumado.)* ¡Idiota!... ¡¡Estúpido!!

GONZA. ¿Eh?...

JUAN. Es a mí. Tranquilícese.

BRIGI. *(Entrando por el foro.)* Ya está todo dispuesto, don Gonzalo. Si no mandan nada más, voy a ponerle a la novia los últimos alfileres.

GONZA. ¿A doña Inesita?

BRIGI. No, a doña María. Doña Inesita está ya vestida que da gozo verla. ¡Qué bien le cae la mantilla!... ¡Con qué gracia se ha prendido los azahares!...

JUAN. *(Suspirando.)* ¡Ay!... ¡La perdí para siempre!

BRIGI. En cambio doña María se ha hecho un lío con el velo de desposada y voy a ver si se lo desenredo un poco.

JUAN. ¡Así pegue un tropezón por las escaleras que se desnuque! ¡Porque esa mujer, los millones de esa mujer, tienen la culpa de mi desgracia!

GONZA. Yo tengo que decir lo contrario, amigo don Juanito.

JUAN. Claro, como que a usted es al único a quien le ha ido bien en este caso. Le pagó a usted las deudas y luego el dinero que repartió entre nosotros ha pasado íntegro a mano de usted. Por lo menos el de Inés y el mío... Como la tía burra nos regaló delante de usted la cantidad que precisamente le debíamos, pues tuvimos que dársela a usted, y resulta que el único que se ha aprovechado aquí es usted.

GONZA. ¡Bah! ¿Qué le importa a usted eso? ¿No va usted a recibir ese tanto más cuanto de comisión que le va a dar don Luis después del matrimonio?

JUAN. El diez por ciento del capital: cinco millones de pesetas. Eso fué lo convenido y eso es lo único que me contiene, porque si no, se armaba

aquí esta tarde la de Dios es Cristo. Ahora, que..., a pesar de todo... ¡Ay, amigo Gonzalo! *(Le echa el brazo por encima.)* ¡Ay, amiga Brígida!... *(Idem de ídem.)* ¡Estoy destrozado! ¡Esa mujer!... ¡Esa sinvergüenzona de mujer!... ¡Yo la quería! ¡¡La quiero!! ¡Y que se la lleve ese tío igorrote!... ¡¡Maldita sea doña María Fernández y toda su familia!!

BRIGI. *(Zafándose de él.)* ¡Caramba, don Juan!

GONZA. La vida, amigo don Juanito. Unos lloran y otros ríen. Usted se manifiesta dolido, y en cambio don Luis se levantó esta mañana tarareando el pericón, y ahí está tararea que te tararea, que parece un jilguero bonaerense.

JUAN. Don Luis es un miserable, que se vende con más facilidad que un Citroën. ¡Hay que ver qué tío! ¿Haría usted lo que él, amigo Gonzalo? Contésteme con la mano puesta sobre el corazón.

GONZA. No, señor. Todo el oro del mundo no sería suficiente para que yo cometiera semejante villanía. El amor es una pasión que no admite mixtificaciones.

BRIGI. *(Con la mirada tierna.)* ¡Es verdad! *(Suspirando.)* ¡Ay!...

GONZA. Yo no soy hombre capaz de ofender a una dama; pero si alguna vieja rica golosa me pusiera los ojos tiernos..., no sé, no sé..., ¡la contundente patada en el talle me parecería recomendable!

MARTI. *(Por el foro, dispuesta para salir a la calle.)* Brígida, que a doña María no le entran los guantes.

BRIGI. Voy.

NICA. *(Idem de ídem.)* Brígida, que a doña María se le ha roto un tirante del corsé y se le cae una media.

BRIGI. Vamos a ver; vamos a ver... *(Se va por el foro con Nicasia y Martina.)*

JUAN. Así se le caiga la campanilla donde yo la vea, para pisarla.

GONZA. ¡Caracoles, don Juanito!...

LUIS. *(Entrando en escena, por el foro, de chaquet y copa alta y poniéndose los guantes. Llamando con voz almibarada.)* ¡Maricucha!... ¡Maricuchita! ¡Chatunguerilletilla!. . *(A Gonzalo.)* Tenga la bondad, Gonzalo amigo, de llamar a mi futura. Es la hora ya y no quiero hacer esperar a las personas que han venido de Cuenca para asistir a la boda.

GONZA. ¡Ah! ¿Pero han venido...?

LUIS. El alcalde, el gobernador, el presidente del Ateneo y una Comisión de las fuerzas vivas.

GONZA. Pues la señora saldrá ahora mismo; Brígida y mis hijas le están dando los últimos toques.

LUIS. Me deslío de impaciencia. Nunca creí que llegada la hora me latiera como me late este granuja. *(Por el corazón.)* ¡Soy feliz!

JUAN. Bueno, amigo don Luis: ¿y eso de mi comisión?...

LUIS. ¿Eh? ¿Qué comisión?... ¿La de Cuenca?

JUAN. Hombre, la comisión de que hablamos el día que se planeó el negocio. Puesto que el capital es de cincuenta millones, me corresponden cinco...

LUIS. *(Riendo a carcajadas.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué cosas se le ocurren a este don Juanito!... *(A Gonzalo.)* Yo creí que con la boda de Inés estaría de mal humor... Pero ¡quiá! *(Vuelve a reir.)* ¡Mire usted que cinco millones...

JUAN. ¡Cómo! ¿Pero es que va usted a negarme ahora lo que me prometió aquí mismo, delante de todos?...

LUIS. Pero ¿es que tomó usted en serio aquella chufla?... Vamos, hombre, no sea usted niño. ¿Cómo iba yo a prometer una cosa que no era mía?... ¡Y cinco millones!... ¿Cree usted que hay nadie en el mundo que regale cinco millones de pesetas como el que regala, ahí, cinco churros? Tiene usted una imaginación, amigo don Juan, que usted debía dedicarse a escribir cuentos.

JUAN. Pero, ¡maldita sea mi vida!...
LUIS. Lo que sí le regalo a usted es el coche de punto que me hizo comprar. Usted coge el coche, le da vueltas, y sabe Dios lo que podrá sacar de él. ¡Demonio! Pero ¿y mi novia? *(Llamando como antes.)* ¡Nena!...
MARIA. *(Dentro, lejos.)* Voy, riquín...
JUAN. *(Perplejo.)* Bueno, ¿pero esto qué es? ¿Que me toman el pelo a mí, al hombre más vivo del mundo?... Claro que mientras no se case no tengo derecho a reclamar...
PACO. *(Saliendo de levita y con el sombrero de copa en la mano.)* ¡Caballeros!...
LUIS. ¡Qué elegancia, don Paco!... ¡Qué línea!...
PACO. ¿Onde está ésa? Que salga, maldita sea su cara, que quiero ver cómo se desmaya de gusto. *(Se pone el sombrero.)* ¿Estoy o no estoy?
INES. *(Por la izquierda, guapísima. Vestido negro, mantilla negra, azahares, etc., etc.)* Qué, ¿es la hora ya?
PACO. ¡Mi madre, qué burra!
INES. Calla, tonto. *(A Gonzalo y a Juan.)* Pero ¿cómo es que no vienen ustedes a vernos casar?
GONZA. Yo debo quedarme aquí para tenerlo todo a punto.
INES. *(A Juan.)* ¿Y usted?...
JUAN. *(Con las del Beri.)* ¿Yo?...
PACO. Amos, ande, so panoli; venga usté a ver cómo nos echan el garabato.
JUAN. ¡Al cuello te lo echaba yo!
INES. ¿Los padrinos han venido?
GONZA. Sí, y acaban de irse a los coches. Abajo esperan.
LUIS. *(Llamando.)* ¡Maricuchita!... ¡Corazón!... ¡Vamos!...
INES. *(Mirando por el balcón.)* Es verdad. Ahí están. ¡Huy, cuánta gente!... Mira, Paco, mira... *(Se asoma al balcón con él.)*
VOCES. *(En la calle.)* ¡Vivan los novios!... *(Rompe a tocar una mala murga.)*
GONZA. ¡Hasta murga y todo!

BRIGI. *(Entrando por el foro.)* Aquí viene ya doña María.

LUIS. ¡Por fin!...

MARIA. *(De traje, velo blanco y azahar, entrando en escena alborozada, atropelladamente, loca perdida y tropezando. El velo se lo llevan Nicasia y Martina.)* ¡Qué! ¡Ay! ¿Ya? ¡Ya!

LUIS. ¡Chiquilla!... *(Le ofrece el brazo.)* ¡Agárrate, que volcamos!

PACO. *(Dándole a Inés con la castora.)* Engánchate, que nos vamos, tú.

INES. *(Agarrándose.)* Ya está.

PACO. Arrea p'alante. Hasta la vuelta. *(Se van por la derecha contoneándose.)*

MARIA. *(Iniciando el mutis, del brazo de Luis.)* ¡Mi don Luis de mi alma!... *(Se van por la derecha seguidos de Martina y Nicasia.)*

BRIGI. *(Viéndoles ir.)* ¡Consumátum est!...

GONZA. *(Haciendo mutis tras ellos.)* Les acompañaré hasta el coche... Cuidado con el velo, niñas... No tirad... *(Vase.)*

JUAN. *(Como si despertara de un letargo.)* ¡Maldita sea mi vida! Pero ¿esto qué es? ¿Estoy yo dormido o estoy despierto? ¿Yo soy yo o soy un primo mío?...

BRIGI. Pero ¿qué le pasa a usted, criatura? Yo creí que se había ya curado de esos males...

JUAN. Calle usted, señora, que estoy haciendo el indio de una forma que, vamos, a mí me ven Lóriga y Gallarza en Calcuta y creen que soy un rajá. Nada, que encima de que ella se me casa con el otro, dice ahora el sinvergüenza de don Luis que no me da el diez por ciento de la fortuna de su cónyuge. Ya ve usted, después de habérmelo prometido, que usted estaba presente cuando se habló del asunto. ¡Maldita sea! Ahora, que eso no. A mí capotazos por bajo, no. A éste don Juan podrán quitarle su doña Inés, porque los tiempos han cambiado muchísimo, pero ¿esos cinco millones? ¡Al instante! Malhaya sea doña María

Fernández y su abuelo, que debió ser un tío asesino, sin entrañas.

BRIGI. ¡Por Dios!... ¿Otra vez va usted a empezar?...

JUAN. Como que una fortuna como la de esa bestia no se puede hacer más que robando. Por el camino de la honradez, ¡quiá!

BRIGI. ¡Usted qué sabe!

JUAN. Porque lo sé lo digo. He hecho mis averiguaciones y sé de dónde le viene el dinero a esa gentuza. El bisabuelo fué negrero; el abuelo, contrabandista; el padre falsificaba letras de cambio, y la madre... iba a cobrarlas. ¡Gentuza! Bueno, estoy de un humor como para que me pidan cinco duros.

GONZA. *(Entrando.)* Don Juan...

JUAN. ¿Qué pasa?

GONZA. Que ahí está preguntando por usted ese que toca el órgano en las Reparadoras. El muchacho a quien encargó usted la música de ese cuplé...

JUAN. ¡Ah! Bustamante. No quiero verlo.

GONZA. Creo que está en un apurillo, y viene a pedirle a usted cinco duros.

JUAN. *(Remangándose los puños y echando mano a una silla en actitud amenazadora.)* Que pase, hombre...

GONZA. *(Asustado.)* ¿Eh?

JUAN. Que pase, a ver qué musiquita ha hecho. Al del otro cuplé tuve que pegarle; vamos a ver si éste sale por el balcón.

GONZA. *(Perplejo.)* ¡Caramba, no me atrevo!...

BRIGI. Veré si todo está listo para cuando regresen... ¡Ah, Gonzalo!

GONZA. Dígame.

BRIGI. Necesito hablar con usted antes de que vuelvan los recién casados. Cuando usted pueda...

GONZA. Seré en seguida con usted, Brígida. Ahora no conviene que...

BRIGI. Comprendido. *(Se va por el foro.)*

GONZA. *(A Juan, temeroso.)* ¿De manera que le digo que pase?...

JUAN. Sí, hombre, sí. ¿Cómo tendré que decirlo?...

GONZA. *(Desde la puerta de la derecha.)* ¡Pase usted! *(A Juan, suplicante.)* ¡Por Dios, don Juanito!...

JUAN. No tenga cuidado. Puede asistir a la entrevista.

BUSTA. *(Entrando.)* ¿Se puede?... *(Es joven, cortito, cegatito, timoratito. Trae unos papeles de música.)*

JUAN. Adelante, Bustamante.

BUSTA. ¿Cómo está usted, amigo don Juan?

JUAN. Rabiando.

BUSTA. *(Riendo.)* Usted, tan festivo y tan ocurrente como de ordinario.

JUAN. ¿Eh?

BUSTA. Porque hay que ver cómo es usted de ordinario.

JUAN. *(Con las del Beri.)* ¿Cómo dice?...

GONZA. *(Interponiéndose y ofreciéndole una silla.)* Aquí tiene usted una silla.

BUSTA. *(Sentándose.)* Muchas gracias.

JUAN. Qué, ¿ha terminado usted ese cuplé?...

BUSTA. Sí, señor, hace mucho tiempo. Yo compongo en seguida. ¿No ve usted que yo tengo inspiración cuando me da la gana? Una "indiosincrasia" mía. Yo, cuando quiero hacer música me subo en un tranvía, empiezo a dar vueltas por Madrid y no sé qué tiene para mí el tranvía, que las ideas melódicas me afluyen que es un gusto. Una "indiosincrasia". Le he hecho a usted una música muy bonita. Ahora, que me he tomado la libertad de modificar un poquito los versos, porque la música que me ha salido no encajaba bien en el metro.

GONZA. *(Ingenuo.)* Claro, hecha en el tranvía...

BUSTA. ¡Qué tiene que ver!... *(Examinando los papeles que trae.)* En toda la primera parte del "allegro assai" y del "andante con motto", he respetado la letra, porque está muy bien. Luego enlaza aquí... A mí este pedazo me gusta muchísimo. *(Cantando.)*

Nash-zario,
Nash-zario.
Cómprate un Nash,
que es nash-cesario.
Porque aquí y en Jokasta
llevan el Nash
la flor y nash-ta.

GONZA. (¡Qué barbaridad!)
BUSTA. Ya después he modificado el cantable, y en vez de aquello de "Tomás, haz lo que Blas, que ya verás"..., que era vulgarísimo, he hecho un estribillo menos "vivace", que yo creo que va a ser un alboroto. Voy a salir a escena. Verá usted cómo salgo. *(Cantando un especie de tango "arresponsao", muy mal acentuadas las palabras.)*

¡Ay, Tónmas!
¡Ay, Tónmas!

JUAN. ¿Eh? ¿Cómo Tónmas?
BUSTA. Sí, la música viene así y el Tomás suena Tónmas; pero eso no tiene importancia.
DIEGO. *(Entrando por la derecha.)* Buenas tardes.
BUSTA. *(Volviendo a cantar como antes.)*

¡Ay, Tónmas!
¡Ay, Tónmas!
Cómprame un Nash
aunque no Cón-mas...

(Juan coge a Bustamante por el cuello de la americana y lo conduce hasta la puerta, en donde le da un puntapié. Dentro se oye gran ruido de un mueble que se cae.)
GONZA. ¡El perchero!
JUAN. Liquidado. Me ha fallado también lo del cuplé. ¡Por vida...! No, si ya lo dijo Aristóteles:

Cuando se te tuerza el carro
muérete y no hagas el guarro.

DIEGO. ¡Caramba!
JUAN. *(A don Diego.)* No se preocupe.
DIEGO. ¿Y me quiere usted decir qué ocurre en la casa, que hay tanta gente en el portal?
GONZA. Están esperando a los novios. Como han dicho que al volver de la iglesia van a tirar un puñado de duros...
DIEGO. Hay boda, ¿eh?
GONZA. Bodas. Dos al mismo tiempo. Se casa doña María Fernández...
DIEGO. Con usted.
GONZA. ¿Qué conmigo, hombre? ¿Sigue usted con esa manía? ¡Menuda plancha me hizo usted tirar!... Se casa con don Luis Madrigal y Peralejo; ese señor de Cuenca... En la iglesia están ahora mismo.
DIEGO. Vaya, no diga usted bobadas, amigo Gonzalo.
GONZA. Anda, que no lo cree... Dígaselo usted, don Juanito.
JUAN. En serio, caballero.
DIEGO. ¡No me lo explico!
JUAN. Y también se casa el administrador.
DIEGO. ¿El administrador de quién?
JUAN. De doña María.
DIEGO. ¿Yo? Está usted fresco.
JUAN. ¿Cómo?...
DIEGO. Que yo no me caso con nadie.
JUAN. Por mí, como si se quiere usted meter a cartujo.
DIEGO. ¡Casarme yo! ¡Al instante! Ni ella tampoco, hombre. ¿Cómo va a casarse sin arreglar antes los papeles?...
GONZA. Eso se lo encargó ella a su administrador.
DIEGO. Sí, por medio de una carta; pero, amigo, no se ganó Zamora en una hora.
GONZA. ¿Eh?
DIEGO. ¡Pues apenas si hay que zapatear!...

JUAN. *(Que no tiene más ganas de conversación.)* Bueno, mire usted: apúntese usted cuatro.

DIEGO. ¿Dónde?

JUAN. En un puño. ¡Valiente tío pelmazo!...

DIEGO. *(A Gonzalo.)* Oiga, ¿y ella por fin reveló a ustedes...?

GONZA. Sí, señor: el mismo día que estuvo usted aquí por última vez. Hizo llegar a mis manos, de una manera delicadísima, las cinco mil pesetas que yo necesitaba y luego nos confesó la verdad. Desde aquel día esto ha sido Jauja, don Diego. ¡El dinero que ha tirado! ¡Es de una esplendidez...!

JUAN. ¡Y de un mal gusto...! Se le ve en todo el aparejo redondo.

DIEGO. ¿Eh?...

JUAN. Claro, esa gente de poco más o menos, que hereda dinero robado, estafado y pimpeado...

DIEGO. *(Lívido.)* Caballero: me hará usted el favor de explicarme esas palabras...

JUAN. ¿Y usted quién... porra es para pedirme explicaciones?

DIEGO. Soy Diego Novales, el administrador de doña María.

JUAN. *(Incrédulo.)* ¿Usted? *(Le coge de las solapas y le conduce a la puerta para hacer con él lo que hizo con Bustamante. Gracias a Gonzalo, no consuma la suerte.)*

DIEGO. Con poder bastante desde hace treinta y cinco años. Y soy una persona muy seria, como lo es ella, que su único defecto ha sido dejarse llevar de su buen corazón y querer comprobar si don Gonzalo era o no digno de ella. Ya ha visto que lo es y está dispuesta a casarse con él y a dotarle en dos millones de pesetas, como lo acredita esta minuta... *(Saca una gran cartera llena de papeles y busca entre ellos.)*

GONZA. *(Aparte, a Juan, y mirando a don Diego con grandísima pena.)* Dispénsele. Es un pobre hombre...

DIEGO. *(Por un papel que separa.)* Aquí está. Eso es,

en dos millones de pesetas. Y dota a cada una de las chicas en un millón quinientas mil. Por aquí debe andar el apunte. *(Busca entre los papeles.)*

GONZA. *(A Juan, como antes.)* Habrá usted comprendido que el pobrecillo...

JUAN. Sí, ya me hago cargo.

GONZA. Me quiere mucho; tiene muchos años y la... la Artemio Precioso... la arterio esclerosis...

JUAN. Sí...

GONZA. Ya el otro día me dijo que yo había sido carabinero...

DIEGO. *(Por otro papel que acaba de encontrar.)* Aquí lo tiene usted: un millón quinientas mil pesetas para cada una.

JUAN. *(Llevándole la corriente.)* ¡Caramba!

GONZA. *(Idem.)* ¡Menuda suerte!

DIEGO. Y aquí tengo ya las partidas de ella y las de usted.

GONZA. *(Como antes.)* Muy bien.

DIEGO. Esta mañana me ha mandado llamar con gran urgencia, y aquí estoy.

GONZA. *(Como antes.)* Muy bien.

DIEGO. Le agradeceré que le avise...

GONZA. Luego; cuando vuelva de la iglesia. Ahora no está en casa.

DIEGO. ¿Cómo que no está en casa si acabo de verla hace un momento asomada al balcón de la esquina?...

JUAN. *(Con pitorreo.)* Sí, hombre: déle usted una voz. *(Llamando.)* ¡Doña María!... ¡Doña María!...

GONZA. *(Compadecidísimo.)* ¡El pobre!...

BRIGI. *(Por el foro.)* ¿Llamaban?...

DIEGO. ¿Ven ustedes cómo estaba?

BRIGI. ¿Eh?...

DIEGO. Estos, que me decían que estaba usted en la iglesia. *(Gonzalo y Juan se miran, asombrados.)*

BRIGI. ¿Pero...?

DIEGO. *(Por los papeles que trae.)* Aquí tiene usted

las partidas, las minutas de las escrituras de dotación, etcétera, etcétera, y aquí tiene usted también las cincuenta mil pesetas que me indicó que le trajera. *(Le da un fajo de billetes.)*

JUAN. *(De estalactita.)* ¿Eh?

GONZA. *(Que empieza a comprender.)* ¿Pero...? ¿Usted...?

BRIGI. Sí, Gonzalo, sí. De las dos Marías Fernández, la millonaria, la que deseaba averiguar si el hombre en quien puso su cariño era digno de ella, soy yo.

GONZA. ¡Señora!...

DIEGO. ¡Cómo! ¿Pero usted no les había revelado...?

BRIGI. No, era otra María Fernández la que, de acuerdo conmigo, habló por mí y les hizo creer que...

GONZA. ¿Eh? ¿Entonces la... y el...?

JUAN. Es decir, que él y la... *(Rompe a reír frenéticamente.)* ¡Ay, qué gracia!... *(Ríe.)*

GONZA. ¡Sí que tiene bemoles!

JUAN. ¿De modo que el administrador...?

BRIGI. Hermano de ella. Un pobre palurdo...

JUAN. *(Riendo convulsivamente.)* ¡Ay, que me rajo!... Bueno, yo pierdo definitivamente cinco millones, pero esto es para revolcarse. *(Ríe.)* Cuando don Luis sepa... *(Ríe.)* Y cuando la otra se haga cargo... *(Ríe.)*

GONZA. *(Preocupado, a Brígida.)* ¿Y no teme usted que cuando ellos se enteren...?

BRIGI. Me indignó tanto la conducta de don Luis, que todo lo supeditaba al dinero, y me dió tal lástima de la pobre María, tan enamorada de él... Eu cuanto a usted, Gonzalo, he podido comprobar que es usted digno de todas las venturas, y, tanto por mí, como por sus hijitas, a las que quiero como si fueran mías, le suplico que no me desaire y que acepte mi mano.

GONZA. *(Conmovido.)* ¡Señora!...

JUAN. ¡Qué corazón! *(Ofreciéndole un sillón.)* Siéntese usted, doña María...

GONZA. Señora, profundamente conmovido, sólo acier-

to a decirle que, en lo poco que valgo, estoy a la disposición de usted; que ya, por sus bondades, le había tomado cariño y que soy más suyo... que las botas que lleva puestas.

JUAN. ¡Hermoso símil!

BRIGI. ¡Gracias!

GONZA. Ahora que, a fuer de honrado, debo decirle que está usted equivocada, con respecto a mí. Usted cree que he sido carabinero y guardia y no es verdad: yo he sido desgraciado, pero no tanto.

BRIGI. No se preocupe. Esas son cosas que yo inventé para justificarme ante don Diego. ¡Como el pobre es tan cortito!...

DIEGO. ¡Caray!

JUAN. Ya lo hemos visto.. Pero, claro, todos inventamos algo cuando la necesidad o el despecho... Yo le suplico, señora, que olvide lo que antes dije de sus egregios antepasados, a los que mandaré decir una misa...

BRIGI. ¡Quién se acuerda ya!...

JUAN. *(A Gonzalo.)* Total, que el de los cincuenta millones es usted. Es decir, cincuenta hoy, mañana quién sabe, porque usted y yo podemos formar la sociedad más fuerte del mundo. Nada más que uno de los negocios que tengo en proyecto, la gorra altavoz...

GONZA. ¡Vamos, hombre! ¡Negocios yo! ¡Y de gorra!

VOCES. *(Dentro.)* ¡Vivan los novios! ¡Viva!... *(Suena nuevamente la murga.)*

JUAN. ¡Ahí están ya! ¡Cuando sepan!... *(Ríe.)*

GONZA. *(Que se ha asomado al balcón.)* Están tirando monedas.

JUAN. Tira, tira, que ya verás. *(Se revuelca de risa.)*

GONZA. Ya suben. *(Un poco apurado.)* Por Dios, don Juanito, que le temo a usted. No vaya usted a decirles de pronto...

JUAN. Quite usted, hombre. Si sabré yo cómo tengo que hacer las cosas. *(Riendo.)* Bueno, es que... *(Ríe.)*

PACO. *(Dentro.)* Aguardar en los coches, que no va-

mos más que a cambiarnos de ropa. *(Entrando con Inés.)* ¡Mi madre, qué gentío!... ¡Y qué chuflas! Ni que fuera yo el primer tío que se pone de chistera.

INES. ¡Vaya una boda soná!

JUAN. ¡Ya lo creo! *(Ríe.)*

LUIS. *(Entrando con María, Martina y Nicasia.)* ¡Ya no hay quien me la quite!... ¡Ya no hay quien me la quite!... ¡Que me envidie todo el mundo!...

JUAN. *(Retorciéndose de risa.)* ¡Ay, mi madre!

LUIS. *(A María, que se sienta de pronto.)* ¿Te has fatigado, vidita?

MARIA. El velo que me marea.

LUIS. Yo también estoy mareado.

MARÍA. Quitármelo, niñas. Como que yo no puedo usar ni mosquitero.

LUIS. Aguarda, voy a arrojar...

MARIA. ¿Eh?... ¡Vida!...

LUIS. Que voy a arrojar las últimas pesetas que me quedan. ¡Estoy tan contento!... *(Se asoma al balcón.)* ¡Pueblo! ¡Ahí va! *(Tira el dinero. Cesa la música de repente. Se oyen gritos, voces y vivas.)* Hasta los murguistas, al ver la plata, han dejado el metal... *(Dejando el balcón.)* Lo digo muy alto: soy el hombre más feliz de la tierra.

MARIA. *(Mimosa.)* Vamos, no digas...

LUIS. ¡Qué boda, Gonzalo! Ha sido un acontecimiento.

GONZA. *(Conteniendo la risa, que Juan le comunica.)* Sí, ¿eh?

LUIS. ¡Qué plática la del Magistral!

PACO. Magistral.

LUIS. Y qué frases las del Gobernador. Cuando yo dije a voces que haría en Cuenca un asilo, un hospital y una estatua a don Alfonso VIII, conquistador de la muy noble, muy leal, impertérrita, fidelísima y heroica ciudad, el alcalde lloraba.

JUAN. *(Congestionado de risa.)* ¡Ay, qué tío más grande!

MARIA. *(Escamada.)* ¿Qué?

LUIS. *(Molesto.)* ¡Ah! ¿Sí? Pues lo haré, sí, señor. Y reedificaré el giraldo, la torre de la iglesia que se cayó hace tiempo, y no pararé hasta que pongan en la casa donde nací una plancha de plata...

JUAN. *(Que ya no puede más de tanto reir.)* ¡Ay, qué plancha!... *(Ríen también Gonzalo, Brígida y don Diego.)*

LUIS. *(Completamente mosca.)* ¡Caray! Pero ¿esto qué es? *(A Juan.)* ¿Se ríe usted de mí?

JUAN. De usted y de tres más.

INES. *(Saltando.)* Quiá, hijo; de él, y basta. ¿De mí? ¡Vamos! *(Por Paco.)* ¿Y de éste?... ¡Qué risa!

PACO. *(Con chunga.)* ¡Jajay!

INES. Aquí el único engañao, aprimao y acanelao, es ése. *(Por Luis.)*

LUIS. ¿Yo?

INES. Que por dárselas de vivo, se ha casado con la criada. Pero yo, no, hijito. Yo sé muy bien que mi marido es Paco Fernández, paleto muy paleto...

PACO. *(Encasquetándose la copa alta.)* Repara y rectifica, tú.

INES. Paleto, muy paleto, como su hermana.

MARIA. Y a mucha honra.

INES. *(A Luis.)* Porque sepa usted, so panoli, que doña María Fernández, la muchimillonaria, es ésa *(Por Brígida.)*, que estaba aquí por ése *(Por Gonzalo.)*, y que se ha gastado unos duros para que se casase usted con ésa.

LUIS. ¡¡Ay, mi madre!!... ¡¡María!!...

MARIA. Sí, hijo, sí. Vió lo que yo te quería, y se compadeció de mí... Porque yo le dije: "A mí, cáseme usted con él como sea, que luego de casao, ya me encargaré yo de tenerlo en un puño..."

LUIS. Sí, ¿eh?

MARIA. Como pienso de tenerte, sangre de mis venas;

que yo, en esto de querer, salgo a mi madre, que le sacó los ojos a mi padre para que no mirara a ninguna otra mujer. *(Juan se retuerce de risa.)*

LUIS. ¡¡Caray!!

MARIA. ¡Conque ojito!

LUIS. No, si yo a ti te quiero y me gustas, porque si no no me hubiera casado contigo; pero, vamos, me has timado, porque..

MARIA. Cuidaíto con las palabras, que te arreo un guantazo que te desnarigo, don Luis. *(Nuevos gritos de risa de Juan.)*

LUIS. ¿A mí?

MARIA. ¡A ti! Y que no tenga yo que hacer uso del regalo de boda que m'ha hecho mi hermano Paco, y que llevo aquí pa las ocasiones... *(Saca del pecho una navaja de muelles, y la abre.)*

LUIS. *(Asustado.)* ¡Atiza!

MARTI. ¡Ay!

NICA. ¡Jesús!

LUIS. *(Miedosísimo.)* Vamos, tontuela, guarda eso, que se asustan las niñas... *(María obedece.)* Si yo lo decía porque, ¿con qué cara me presento yo ahora en Cuenca?...

INES. *(A Juan.)* Ríase, ríase; pero sepa usted que yo seré muy feliz con mi Paco, a quien ha nombrado doña María administrador de una de sus dehesas, y ya no tendré que hacer más uñas que las suyas.

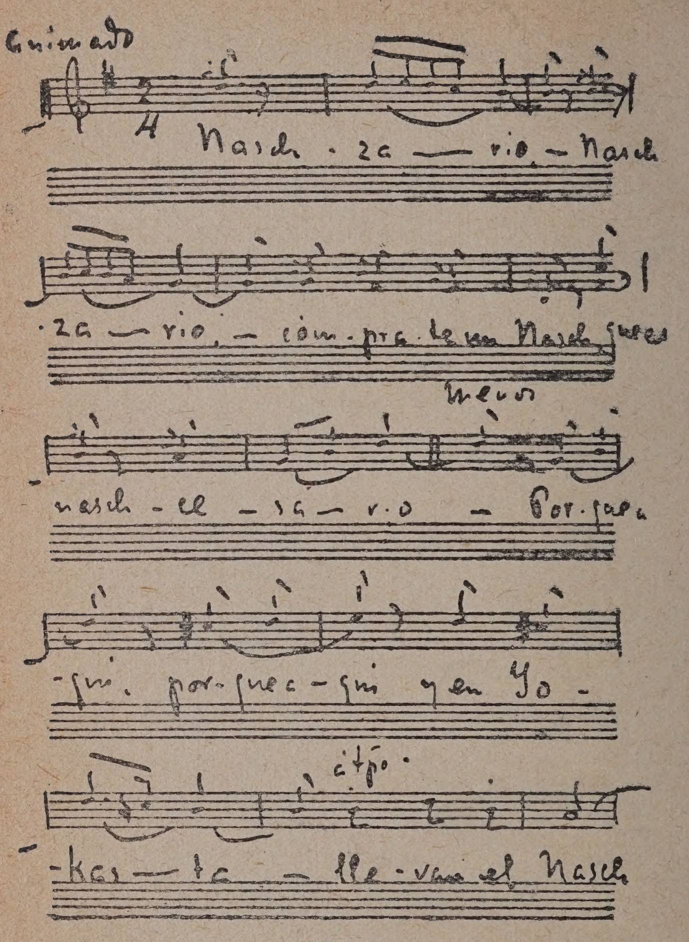
PACO. *(Amenazador.)* Como lo intentes, te deslomo.

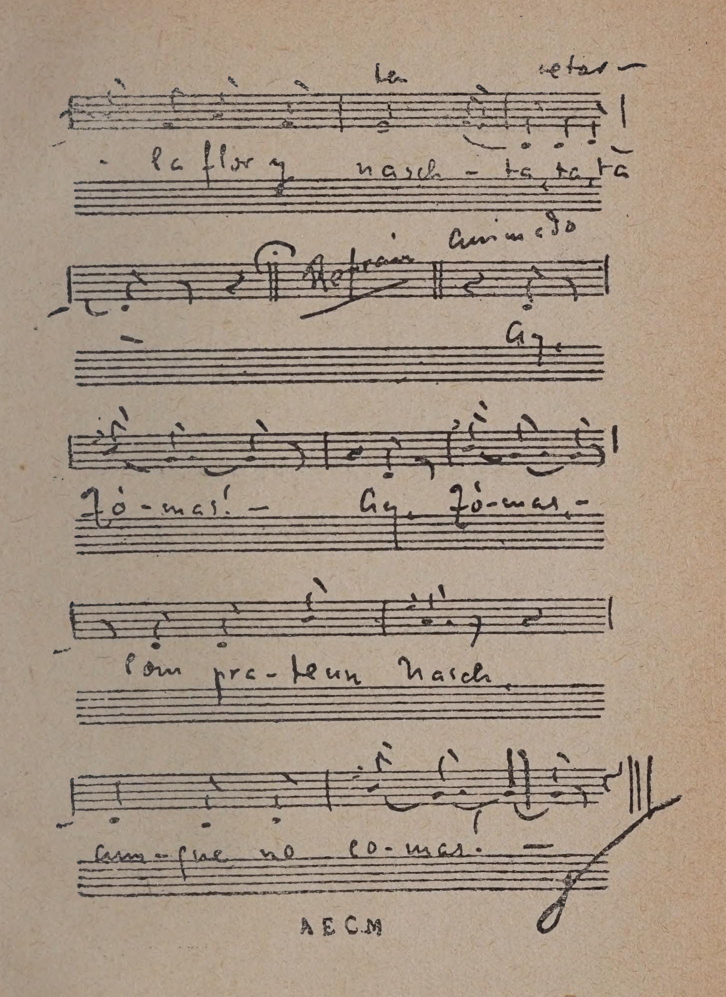
INES. *(Entusiasmada.)* ¡Huy, qué hombre tan hombre! *(Se abrazan.)*

MARIA. *(Idem, por Luis.)* ¡No, que el mío!... ¡¡Chacho!!...

LUIS. ¡¡Vine yo a Madrid a casarme bien!!... He hecho el raid Cuenca-Madrid. *(Suena la murga dentro, y se oye gritar:* "Vivan los novios"*.)*

TELÓN


Nasch - za — rio - Nasch
-za — rio - com-pra-le un Nasch
nasch - el - sa - r-o - Por-
-qui. por-que-qui


la flor y nasch - ta, ta, ta
Refrain
Animado
Ay
Jó-mas! - Ay, Jó-mas -
A E C M